DANIEL CALABRESE



UN CIELO PARA LAS COSAS

Poetas latinoamericanos 5

LABERINTO

Con una perplejidad contenida y algunas esquirlas del desasosiego, Calabrese arma una *mise-en-scène* poética inquietante, sobre un acontecer que se debate en el sinsentido. De modo que lo perturbador asoma de manera natural, metido en los intersticios de lo cotidiano, en una especie de descampado al borde de una ruta vista a veces como esperanza y siempre como el cauce de un río torrentoso que arrastra sueños, una madre con sus ojos ya enterrados, una botella con un mensaje vacío, bicicletas, caballos o el frío de unas islas en el sur.

Y es precisamente el hecho de naturalizar los elementos disonantes mediante una trama dialogada, con una holgura de imágenes visuales, lo que dota a la poesía de Calabrese de las marcas que identifican sus búsquedas. Poemas tan logrados como «Método para calcular el tiempo», «Los demolidos», «El lingote de hierro», «Los olores del pueblo» caminan sobre huellas con forma de signos de interrogación.

De esa extrañeza está hecha la poesía de Calabrese y de ahí su originalidad, que descansa sobre una robusta base metafórica, una secuencia de conceptos y una escenografía onírica para configurar esta expresión que se desliza sin esfuerzo a otros lenguajes, dado el manejo de amplias franjas visuales con las que Calabrese compone una verdadera *road movie*. Un silencioso apocalipsis que fluye por un cauce pedregoso y una esperanza robada en un amasijo de fierros retorcidos son los núcleos de este libro notable.

Si la poesía es un maridaje entre el enigma y la realidad, la de Daniel Calabrese destaca sobremanera en el mapa poético de las últimas décadas, martillando ahí, donde la piedra tropieza dos veces con la misma vida.

Jorge Boccanera

LABERINTO

9 786075 974675

N. del E.:

Un cielo para las cosas es una selección poética de los libros *Ruta Dos, Oxidario, Escritura en un ladrillo, Futura Ceniza, Compás de espera, El buscador de agua, Ave nocturna* y *Otro viaje al centro de la Tierra*, estos tres últimos inéditos. Su organización no cronológica propone que los poemas incluidos se resignifiquen para dar lugar a este nuevo libro.

UN CIELO PARA LAS COSAS

Daniel Calabrese

Prólogo de Jorge Boccanera

Poetas latinoamericanos

Laberinto

© *Un cielo para las cosas*, Daniel Calabrese
© Prólogo: *Poesía de la extrañeza*, Jorge Boccanera
© Fotografía de portada: Elisa Calabrese Finkelstein
Primera edición, octubre de 2023

© Laberinto Ediciones
Av. Benito Juárez Mz. 1 Lt. 2
Col. Consejo Agrarista Mexicano
C.P. 09760, CDMX.
laberintoediciones@yahoo.com.mx

ISBN: 978-607-59746-7-5

Queda prohibida la reproducción parcial o total del contenido de la presente obra sin contar previamente con la autorización expresa y por escrito del titular, en términos de la Ley Federal del Derecho de Autor.

Impreso en México

Contenido

Poesía de la extrañeza, por Jorge Boccanera IX

I. Una piedra colgando de las nubes

Allá en lo alto 15
Prodigio 18
Acostarse en la tierra y volver a sentarse 20
El ahogado 21
Método para calcular el tiempo 22
Vaivén de los ojos convertidos en ojos 23
La tierra y el mar en la orilla del tiempo 24
Cerca del puerto 26
Los sonidos inaudibles 27
Una carrera con Platón 28
El tanque australiano 29
Las diferencias entre mi padre y Kerouac 31
Calle uno, fiat lux 32
El umbral donde el idiota se reía 33
El exactor 34
Calle sin salida 35
La caída 36
Ceda el paso 37
Posición 38
Cortafuego 39
Río de cuchillos 43
Se avecinan horas de mucho trabajo 46
La tierra jura que es tierra 47
Los olores del pueblo 48
La construcción del puente 49
La enumeración 50

II. Ese monstruoso amor

Allá a lo lejos 55
El regresador 57
Intocable 58

Bocas 59
Singladuras 60
Apogeo 62
El rastro 63
Comparaciones 64
Profundo y espurio 65
El primer déjà vu 66
Obra 67
Tampoco hay que tener prisa 68
Orden cerrado 69
Técnica del autorretrato 70
Peces del aire/ pura sed 71
Distanciamiento 72
Teatro Infantil 75
El punto fijo 76
Conocimiento 77
Mi madre metió un pie en el barro 78
Perdón 80
Tubos de gas 81
El relojero 83
La memoria sola 84
La memoria compartida 85
Cosas del mundo 87
Medianera 88
La carrera 89
El lingote de hierro 91
Contarle la foto a un ciego 93
Embalse 94
Los demolidos 95

III. Por este exacto lugar

Primera 99
Segunda 100
Tercera 101
Cuesta abajo 102
Anticipación y recuerdo 103
Chatarra 105
La detención 107
Pájaro Pequeño 109
El hemorragista 110

Armazones de cristal 111
Escritura en un ladrillo 112
Tierra menguante 114
El blanco 116
Mutación 117
Un metro de nieve 118
El humedal 120
Otro déjà vu 121
Nocturno 122
Línea de flotación 123
Espera de abril 124
El reverso de la tempestad 125
Ignorancia 126
Unas horas de piedad 127
El viaje 128
Contemplación 129
Testigo 130
A la hora décima 131
Nadie 132
Frente al mar 133
La esfinge de la cuadra 134
Misterio 135
La enfermedad 136
El primer óxido 137
El segundo óxido 138
El tercer óxido 140
El cuarto óxido 141
El quinto óxido 142

Poesía de la extrañeza

por Jorge Boccanera

Con una perplejidad contenida y algunas esquirlas del desasosiego, Calabrese arma una *mise-en-scène* poética inquietante, sobre un acontecer que se debate en el sinsentido. De modo que lo perturbador asoma de manera natural, metido en los intersticios de lo cotidiano, en una especie de descampado al borde de una ruta vista a veces como esperanza y siempre como el cauce de un río torrentoso que arrastra sueños, una madre con sus ojos ya enterrados, una botella con un mensaje vacío, bicicletas, caballos o el frío de unas islas en el sur.

Y es precisamente el hecho de naturalizar los elementos disonantes mediante una trama dialogada, con una holgura de imágenes visuales, lo que dota a la poesía de Calabrese de las marcas que identifican sus búsquedas, aquellas que ubican su mirada y su forma de cavilar: una metafísica activada por lo dilemático, la lucha de contrarios expresada desde el oxímoron con que titula uno de sus primeros libros, *Futura ceniza*, y que se prolonga en versos como los que siguen: «mi enfermedad es la ilusión», o también: «vuela como volaría un árbol/ arrancado por las tormentas/ que lavan y deslavan el aire».

Al entramado de una reflexión que oscila entre la indagación poética y el pensamiento filosófico, se impone la búsqueda de sí mismo con interrogantes que cavan en el ser como criatura elemental, primigenio y moderno a la vez, que se debate en un hueco de la noche barrida por un «viento metálico» y persigue su destino en la cartografía de la luz, el agua y las piedras como símbolos recurrentes de esta obra.

Poemas tan logrados como «Método para calcular el tiempo», «Los demolidos», «El lingote de hierro», «Los olores del pueblo» caminan sobre huellas con forma de signos de interrogación. Esa grafía estampada en un lienzo de niebla inquiere: ¿qué buscan estos habitantes a un costado de la ruta, que dejan caer una piedra en el vacío del ser? ¿Qué persiguen quienes viven en la margen opuesta y sacan una piedra del vacío del ser? ¿Por dónde pasa la destrucción en este momento? ¿Por qué un lingote de hierro aumenta su peso cada día? ¿A qué huele Dios?

De esa extrañeza está hecha la poesía de Daniel Calabrese y de ahí su originalidad, que descansa sobre una robusta base metafórica, una secuencia de conceptos y una escenografía onírica para configurar esta expresión que se desliza sin esfuerzo a otros lenguajes, dado el manejo de amplias franjas visuales con las que Calabrese compone una verdadera *road movie*, en tanto arma el decorado con utilería austera –vuelvo a su simbología de polvo, luces, agua– para acompañar la cinta del camino que siempre nos conduce a un destino inesperado.

En sus textos-guiones (el gran Blaise Cendrars, subido a lomos del *Transiberiano*, acuñó el lema de «poemas elásticos») nos hace serpentear por una carretera que a ratos cambia de apariencia y es una cinta líquida o un lecho seco y mudo, una ruta furiosa, un puente envejecido desde niño, un relámpago, una trocha de ferrocarril o ese asfalto cenagoso, de paso demorado, que remolca partes de un cosmos roído, derruido. La carretera, una vez más, como elemento que se resignifica de poema en poema y nos devuelve un espejo con nuestras propias imágenes convertidas en chatarra. Y en la misma ruta plana, una y otra vez Sísifo empujando la sombra de una piedra, como si ascendiera hacia la cúspide de la sinrazón para existir.

El tiempo, visto como lo carcomido, es otro de los ejes de *Un cielo para las cosas* y cobra peso especialmente en algunos versos que nos llevan de la mano a una realidad sumergida, reino del moho, donde el agua se filtra hasta en los sueños y un cementerio de máquinas muertas habita ese transcurrir que cae como un ácido: el goteo minucioso de lo inexorable.

Un cielo para las cosas apela, en términos de representación, más a una pluralidad de significados que a una correspondencia rígida. Así, el río, lejos del agua lustral y purificadora, forma en su cauce distintas figuras de barro. Calabrese plantea en una poética de lo alterno ese otro camino errátil que es remolino, torrente, vértigo, en un tiempo y un espacio inciertos. El viaje nunca es en línea recta. Una suma de bifurcaciones que nos desnudan y trasladan, más que a las enormes pirámides de lo absoluto –el infinito, la eternidad, la simbología de lo cósmico, el peso de los siglos, etc.– a una «tierra baldía», dividida por una pista-hendidura que conduce a direcciones azarosas: a veces al bosque bullicioso, a veces al cementerio.

Aunque su obra –según lo ha dicho el propio autor– abreva en la oralidad acotada de la poesía norteamericana contemporánea, el cine de ciencia ficción, la metafísica de Héctor Viel Temperley, la enumeración caótica de Walt Whitman, también en guiones de historieta, secuencias visuales al uso huidobriano, letras de tango y hasta enseñanzas de *El libro tibetano de los muertos*, de igual forma está sustentada por una usina propia de ideas e imágenes. Escribe el autor: «Nos quedamos pensando/ en lo que fuimos, en lo que seremos,/ cuando los números y la luz/ se equilibren delicadamente», «Yo no sabía qué clase de amor era el odio», «La razón es una piedra/ colgando de las nubes», «Esas montañas se mueven, amigo,/ y la gente presiente que moverse/ es una tradición del agua».

Un silencioso apocalipsis que fluye por un cauce pedregoso y una esperanza robada en un amasijo de fierros retorcidos son los núcleos de este libro notable.

Si la poesía es un maridaje entre el enigma y la realidad, la de Daniel Calabrese destaca sobremanera en el mapa poético de las últimas décadas, martillando ahí, donde la piedra tropieza dos veces con la misma vida.

I
UNA PIEDRA COLGANDO DE LAS NUBES

ALLÁ EN LO ALTO

Miren hacia arriba.
La razón es una cuerda inútil
que nos ciñe la respiración.
La razón es una piedra colgando de las nubes.

Pasa un cóndor con su vuelo
lento y desgarbado.
Debe ser un viejo.
Le quedarán algunos círculos
antes de morir secretamente.
Arrastra una sombra pesada
por el fondo del valle
cientos de metros más abajo
y todavía hace temblar a muchas criaturas.
Nos observa desde lo alto:
somos un rebaño violento.

Ninguna Tebas que salvar.
No hay ahora en esta tierra una sola
muralla digna para dar la vida.
Y el cóndor, me pregunto
cómo un comedor de carroña
puede llegar tan alto.
Una voz antigua me responde
como si viniera de un canto del *Inferno*:
tal vez no imaginaste un diablo pensador.

Hace tiempo que no veo sangre,
siglos que no mato una mosca.
Debería volver a la sed,
a los golpes imperfectos del hacha.

Pero no me agrada la especie:
nuestro rebaño ilustrado.

Que vean los oxidados
todas aquellas cosas que hay que ver,
lo que aprendimos en los barcos,
lo que pensamos con el rostro metido
en la niebla de esta sopa.
Aprendí a ensamblar un mortero de combate,
lo recuerdo muy bien: placa base,
bípode y cañón,
en menos de un minuto queda listo
para escupir al cielo.
Aprendí que el enemigo
no debería respirar dos veces.

Nadé al sol, pensé en ella.
Me hundí y me dejé llevar
por las amapolas del agua.

Debería volver a la sed.
Llevo un sonido secreto y no puedo evitar
que retumbe en mi cabeza:
es el perro tomando agua.
Ando al sol, oigo al perro de la casa.
Sueño debajo de la vieja noche
con el ruido del agua lamida por el perro.
El chapoteo se interrumpe con el paso de un tren
y luego continúa:
slap, slap,
el perro, la sed,
un reloj aplaudiendo en el silencio.

Te vi llegar, eras tan turbia.
Te vi llegar.

Ahora pasa la sombra del cóndor,
el peso de la razón que todavía lo mantiene
atado a este mundo.

Silencio, bebedor.
Silencio.

PRODIGIO

El trabajo de este día consiste
en llevar una piedra de aquí para allá.
Es una roca muy pesada,
más que un buey,
más que una bolsa cargada de lluvia.
Es un agujero prehistórico,
un espejo negro
a punto de tragarse el mundo.

El trabajo de este día consiste
en alzar esa piedra y depositarla
suavemente en el medio del camino
para que se detengan los ciclistas,
se detenga la música de fondo,
se detenga la Ruta Dos
a la hora señalada por las arterias rojas.

Y cuando todo esté detenido,
entorpecido por la piedra,
detenidas las generaciones ilustradas y piadosas,
detenido el amor entre las cosas naturales
y las cosas manifiestas,
el trabajo, entonces,
consistirá en sacarla de ese lugar,
levantar la piedra nuevamente,
con los ojos cansados,
y enterrarla por ahí, en la nada,
en ese lago de cerrada indiferencia
donde cruje la cama, alumbra el televisor,

brillan los motores,
cae el vino adentro de la luz,
se pudren la memoria y las conversaciones tristes,
y se hunden, con la piedra,
en la más completa extinción.

ACOSTARSE EN LA TIERRA Y VOLVER A SENTARSE

Está bien lo que hiciste ayer.
Está bien lo que hiciste hoy,
aunque juntos los pedazos
parecen de vidas contrarias.

Los dos sabemos que el mundo
es un espejo que no hay que romper.

Un cardumen avanza como los panes
que se multiplican en la tierra
y flotan sobre el agua.
Es el amarillo negro de las muertes vivas.

A esa bolsa cada vez más pesada
que arrastramos, le decimos tiempo
y nos confirma que sí,
que todo está bien.

El pedazo de cielo en que te viste
reflejada a la orilla del pantano
se incrustó en mi pecho como un vidrio
astillado y me lastima.

Muchos andamos sobre el agua sin esfuerzo
cuando cerramos los ojos.

Pocos se animan a remover
un vidrio incrustado en el pecho.

Nadie ha dedicado tanto trabajo
a desarmar una tristeza.

EL AHOGADO

Deseo aclarar que no fue en un río
sino en la misma tierra donde me ahogué.

El único río que llevo en la memoria
es un estremecimiento
donde las pequeñas cosas se hunden
aunque nunca llegan a desaparecer.

A veces,
se hunden antes de que pase el río.

Y su pedido de auxilio
siempre
llega tarde.

MÉTODO PARA CALCULAR EL TIEMPO

Los que viven a este lado de la ruta
saben de compensaciones:
cada vez que alguien pasa rumbo al Sur
anotan la hora exacta
y dejan caer una piedra en el vacío del ser.

Quienes viven del otro lado
conocen la polaridad:
cada vez que alguien pasa en sentido contrario,
de regreso,
anotan lo mismo
pero sacan una piedra del vacío del ser.

Así unos llenan su vacío
y otros lo despejan.

Cada cierto tiempo,
los que han llenado su vacío
cruzan por el puente viejo (que era nuevo)
y esperan con paciencia
a que pasen los regresadores del Sur,
uno tras otro,
hasta que el vacío es total.

VAIVÉN DE LOS OJOS CONVERTIDOS EN OJOS

Pronto nacerás y este mundo desordenado
y vacío empezará de nuevo, como antes.

Se abren dos labios en tus labios
y dos ojos en tus ojos,
detrás del sol.

Los ríos secos siguen trayendo el agua.
Nadie se explica cómo los árboles
cortados y quemados
todavía le dan frutas y semillas
a esos pájaros que ya se extinguieron.

Alguna vez fui parte de una especie
que nada, vuela y camina.
Ya no.
Sé que voy a morir y después
no te encontraré
por culpa de esta maldita ceguera.

La ilusión del tiempo se desvanece
en este mar de verbos que llaman vida,
libros, fechas que pasan,
cosas para ver.

Y todo, todo lo que hemos visto,
se puede lavar con el mar.

LA TIERRA Y EL MAR EN LA ORILLA DEL TIEMPO

La tierra es verde, la tierra es vieja,
entera, roja, limita con el aire, es negra
y se golpea todos los días contra el mar.
La tierra vuela un vuelo redondo y ciego.

Con la velocidad de la vida,
por esta tierra pasan la vejez, la muerte
y otras formas del tiempo.

Si acaso lo nuestro es pasar, pasar
es un fluido parecido a la luz y al agua,
que no dejan sitio sin ocupar.
Pasan las sombras hacia el Este.
Pasan los átomos incontables, con esas
alianzas tan caprichosas que forman
cualquier cosa que uno se pueda imaginar.

También la música necesita la ilusión
del tiempo para suceder.

Todo va a dar al mar redondo,
cruel y hermoso, blanco y sucio,
que nos entrega a los inocentes
cuando muerden el anzuelo.

Pero estamos aquí, en la tierra,
donde brotan piedras y puñales,
donde las armas no paran de estallar.
A ver, congelemos esta escena ahora:
quedarán miles de balas en el aire,

miles de vidas sin terminar
en un limbo de aguas cristalinas
donde podemos ver por debajo,
a través de una lente que refracta
y distorsiona,
las grandes tormentas sumergidas
que nunca dejan ver el fondo abisal.

Y siempre en esta orilla,
que parece una cicatriz,
pensamos en dos posibilidades tremendas:
ahogarnos o volver a la tierra.

CERCA DEL PUERTO

Pasan los camiones.
Se llega a mezclar el humo del gasoil quemado
con la llovizna fresca de la costa.

No hay poemas perfectos
como el sol, como la sombra.

Y menos que hablen de lugares
cercanos a este puerto donde hace frío,
donde se apilan contenedores blindados
para la gente inestable y para las ratas.

Pasan las dos mitades de un perro.
La primera lleva una cabeza normal, asustada,
la otra se disipa entre la niebla y la sarna.
En la estación lo bañaron con parafina,
seguro que fue el tuerto que limpia los vidrios,
quizás le regaló un pedazo de pan
y le ordenó: ¡basta de morderte!

Que no se turbe el sueño de Pound.
Si los clásicos ya tuvieron épocas
de mayor circulación en América,
al menos aquí, cerca del puerto,
entre la maquinaria envenenada
por la mierda de las gaviotas
(donde pasan las mitades de un perro
esquivando esos camiones de carga),
ya nadie hace las cosas perfectas
como el sol, como la sombra.

LOS SONIDOS INAUDIBLES

Dejamos andar el micrófono
toda la noche en un bosque desolado.

Al otro día hicimos correr la grabación
pero no se oyó más que un soplido.
Era como el viento metálico
de un planeta estéril.

La hicimos correr más rápido.
Aparecieron entonces los ruidos bajos
como si una conversación entre dos árboles
se expandiera desde el campo
hacia la Ruta Dos.

La hicimos correr más rápido aún
y los sonidos crecieron
como la conversación de dos árboles que crecen
y que si uno escucha bien,
con la cabeza apoyada en la madera,
en algún momento parecen crujir
palabras como «espejo», «espejismo»,
y muy lentamente palabras como
«cruces», «crucetas»,
«humilladero».

UNA CARRERA CON PLATÓN

Antes de hablar alzaba una mano
para sujetarse el pecho,
a riesgo de hacerlo en un estilo trágico,
y de siete pitadas agotaba un cigarrillo.

Esa tarde encendió el motor
de su viejo automóvil
y se acostó en el pasto a escucharlo
una y otra vez.

Un alambre coincidía con el horizonte
donde se posaban unos pájaros enormes
y el hilo de la tierra se encorvaba.
Cuando alzaban vuelo, de repente,
el alambre subía y bajaba, entre el cielo y el suelo,
en eso que llaman la marcha dialéctica.
Y nadie era capaz de seguirlo.
Siete pitadas feroces: otro cigarrillo.

El motor hablaba espesamente del silencio,
como si lo más oscuro del ser
encendiera con una llave de contacto.

Un viejo automóvil
detenido en el mejor momento de su vida.

EL TANQUE AUSTRALIANO

El viento golpeó toda la tarde
en las paletas del molino que arrancaba
el agua turbia de las napas.

Se fue llenando así un estanque de latas curvas,
hasta que casi desbordó
y, con mi padre, nos quedamos
hechos unos estúpidos mirando el agua revuelta
como si viéramos el mar.

Al girar la bóveda, comenzó a llegar la noche.
Ya no se extrajo el agua, se apagó el viento.
Algunos puntos de luz brotaron
en su espejo negro.
Se oyeron los grillos del verano,
un ladrido agónico a lo lejos.

Ésa es «La Cruz del Sur», me dijo y señaló
despacio, como si temiera espantarla
con su brazo suspendido sobre el agua.
Y aquella formación: «El Puñal de la Mazorca».
Los ladridos se multiplicaron.

Yo pensaba en el rostro de mi madre.
Pensaba en sus ojos ya enterrados.

Me despedí de todo y entré.
Estaba muy fría el agua
y poco a poco fue embebiendo mi ropa
hasta que dejé de flotar.
No sé cuántos días transcurrieron mientras
me hundía en el silencio.

Recordé que en el «Paraíso» del Dante
no se describen sonidos,
pero eso qué podía importar.

Era un mundo sin horizonte:
por más que buscaba alrededor,
el horizonte no aparecía.

Se desvanecieron, finalmente,
la luz y el tiempo.

Hasta que las aspas del molino
giraron de nuevo.
Cada succión del agua de la tierra
traía, como un golpe de remo, los recuerdos,
uno tras otro:
la bicicleta, el camino de tierra,
la puerta quejumbrosa de la casa
las veredas del pueblo desbordadas por la grama.
El motor de algún camión sobre la Ruta Dos
ahogaba unos minutos el coro de las ranas.

Todo era redondo: el horizonte
no aparecía.

Y tuve que emerger después de muchos años.

Las cosas siguen igual pero nadie me reconoce.

Ahora voy por el parque, junto al cementerio,
a visitar sus ojos ya enterrados.

Es muy grato caminar al sol
después de estar metido en el agua tanto tiempo.

LAS DIFERENCIAS ENTRE MI PADRE Y KEROUAC

Mi padre nació un año después,
muy lejos, casi a la orilla de esta ruta.

Kerouac no tuvo, a su vez, un padre
nacido en altamar, como mi abuelo.

Y para qué iba a escribir poesía, mi padre.
En cambio Kerouac, entre católico y budista,
excedía todas las fronteras.

Papá tenía una bicicleta roja:
eso es viajar.

Uf, ambos detestaron el comunismo.
Creo que si un cruce misterioso
los hubiese reunido en la mesa de algún bar
se habrían reído mucho.

Pero mi padre, que era peronista, se emborrachó
una sola vez en toda su vida.

CALLE UNO, FIAT LUX

Callejón Fontana.
Arriba dice «tus sueños»
(debajo de «frágil»).
Una mujer pequeña está mirando
las hojas caídas de un sauce,
arremolinadas,
que bailan para ella.

Tanto trabaja el amor que algunas veces
da en el blanco, piensa.
Lleva un atado de claveles,
apenas se mueve, la vida la roza.

Otros murieron, ella no.
Todavía no.

Algunos agitan la vida como si pasara un tren.
Para esos fue necesaria más muerte
que la de costumbre.

Para otros, en cambio,
basta con una muerte fina, tenue,
apenas más intensa que el olvido.

Más arriba dice fiat lux.
La mujer pequeña mira su mano izquierda,
controla el reloj del panteón de la entrada
deja el ramo, baja la vista,
y se aleja mirándose los pies.

EL UMBRAL DONDE EL IDIOTA SE REÍA

En la esquina del café Vox,
que cerró y violentamente abrió con otro nombre,
está el idiota sentado, mirando la vereda.

Tiene un clavo entre las manos,
que usa como aguja de bordar en sus pantalones.

Mete el clavo en la tela
y lo retira
y lo mete en la tela azul
y lo retira
y lo mete con saña entre fibras que se van rompiendo
y lo retira
y lo vuelve a meter
y lo retira.

Levanta sus ojos vacíos,
mete ese clavo que tiene un poco de óxido
en la cabeza
y lo retira.

La palabra «momento» se escapa de un televisor
y cruza la vereda sobre la cara del idiota
que retira el clavo del pantalón deshilachado.

Lo mete y se ríe.
Se ríe y lo retira.

EL EXACTOR

Alguien caminó sobre mi tumba.

Detrás de la puerta, yo tenía un abismo
del que se sube por una cuerda interminable.

¿Podría ser esta casa un lugar
para los descarnados?

¿Podría ser esta casa un lugar
para los abastecedores de lujos?

Son las preguntas del recaudador,
el cobrador de tributos
que me sigue por el hilo del tiempo.

Ésta es la idea,
una idea con números, nada más,
y dura sólo un momento.

Pero se repite y se repite
hasta el cansancio.

CALLE SIN SALIDA

Mi enfermedad es la ilusión,
y qué remedio.

Comer poco y con frecuencia,
lo dice la escuela de Salerno.
Tener los cuatro costados,
cada uno en su lugar, como en la gran orden
de la barriga del Ubú.
Mis amigos se conforman con esto
y bajo el ruido de metal de la ciudad
soportan quedamente la sana destrucción.

Caminar por el mundo abriendo los ojos,
del recuerdo al olvido, del olvido
a la memoria adulterada,
entrar por una puerta, salir por la otra,
y que nadie más pueda pasar.

No alcanzo a cerrar los párpados.
Apenas lo hago aparece tan claro
desde el fondo de las cosas,
aquel tiempo destinado a mirar hacia adelante,
donde me encuentro con mis ojos
frente a frente,
como en un espejo.

Mi enfermedad es la ilusión,
y qué remedio,
entrar por una puerta, salir por la otra,
y que nadie más pueda pasar.

LA CAÍDA

Un hombre se derrumba.
Parece que busca rutas olvidadas, playas,
una siembra, en aquellas regiones perdidas
donde ya no gira más el sol.

Es imposible que yo mismo sea
el hombre que cae por la ventana.

Menos mal que se desplomó
desde su propia mirada
y que una roldana lo desliza
como si sujetara un piano,
mientras la tierra lo baja y lo baja
tensando la cuerda podrida
en un lento teatro de suspenso.

Menos mal que se deshoja
y revela su peso inusitado,
como un Cristo de Grünewald.

Imposible que yo sea el que salta del mundo
y flota unos instantes sobre su propia risa.

El que vuela como volaría un árbol
arrancado por las tormentas
que lavan y deslavan el aire.

Es imposible que yo sea alguna vez
el hombre que cae por esa ventana,
tan extraño, tan nítido.

CEDA EL PASO

Hay que tener cuidado con las señales.
Este es un pueblo chico y siempre
ocurren algunas historias sencillas.

No falta el que bebe, como cree
que bebería Dylan Thomas si viviera,
y luego llega a su casa a medianoche
con los zapatos raspados, apuntando
una llave temblorosa con la mano.

Va dejando así una marca de luz
que permanece hasta que la borran
los faros de un automóvil
o simplemente se diluye en la humedad.

No falta el que bebe y después dice
que leyó completo En busca del tiempo perdido,
sí, completo, las siete novelas,
y que lloró al amanecer
frente a un mapa de Londres.

Tengan cuidado,
en la ruta de la entrada
suele cruzarse a veces un caballo,
algún rencor,
un árbol perdido.

Esto no es más que un pueblo chico,
aburrido y violento.

POSICIÓN

Soy el mozo que me atiende,
el tipo que me cuida el auto,
la vieja que lava mi ropa.
Y todos los días, un poco,
aquellos ojos que me miran desde lejos.

Soy el jefe victorioso,
ese que ordena mi vida y sus necesidades,
pero soy también un perro modesto
que merodea por la plaza
y a veces el carcelero que tiene el aura
muy chica, pegada a su cabeza.

En general, soy todos ellos
cuando tengo los ojos cerrados.

CORTAFUEGO

Ella regresa de sus vuelos por el bosque.
La luz del sol se levanta y borra
los caminos ya trazados por el hacha.

Todo es calma.
Nos rascamos la espalda en el alambrado
como los caballos,
hablamos de la vida no densa,
de los fatigados por el tiempo,
hablamos de los pájaros que se comían las migas
y de la tristeza urbana.

El hacha desea cortarme los brazos,
tiene la hoja sucia, el mango astillado,
la dejamos tirada a un costado, entre las piedras
y nos preguntamos quiénes somos.

Después de tantos siglos preguntando, ella y yo,
nos hemos convertido en buscadores.
Suena bien: buscadores de profesión,
estamos conformes con eso.

Pero cualquiera busca.
La perra busca, el aseador municipal busca,
el motociclista busca, el envenenado busca,
el bibliotecario, el zahorí.

Dejamos tirada una bolsa de herramientas,
una tijera de podar y los guantes.

Encontradores, tal vez, podría ser,
aunque no todos encuentran.

La perra encuentra, el aseador municipal encuentra,
el motociclista encuentra, el envenenado encuentra,
el bibliotecario, a veces el zahorí.

Y salimos a encontrar
una palabra imposible de hallar con esta búsqueda.

La perra destiñéndose con el humo,
parada ahí: perra negra, sedienta,
con la lengua afuera y rosada.

La vemos hasta que ya no la vemos,
porque hemos resuelto seguir por el sendero
y ella no se atreve.
Tiene miedo a perder su puesto en el mundo,
prefiere la vida exacta frente a una casa de cemento,
adentro de una esfera cerrada de sombras y olores,
porque más allá de esos bordes
comienza el abandono.
Ya no la vemos, pero se la oye aplaudir
en una poza de agua con su lengua
como con una pala de plástico.
Slap slap slap.

Seguimos viajando en esos caminos
que sólo se pueden recorrer bajo sospecha.
Rozamos las espinas, las telas de araña,
las piedras calientes, las babas del diablo.
Y aunque tenemos ganas de dormir
porque el sol agujerea nuestras cabezas
y se nos escapan los sueños,
seguimos adelante.

Todo lo que sucede
sucede entre nosotros,
como el calor, como los sonidos.

Se oye la raíz de los pinos taladrando la tierra.
Se oyen las sombras duras de los cuerpos
cuando pasan por los alambres y se cortan.
Se oye la perra, todavía,
como si tomara sopa a lo lejos.
Se oye la ruta que zumba en el fondo del olvido
y parece una abeja perdida.

Entonces vemos la tormenta de humo
que viene hacia nosotros
y empezamos a cruzar el fuego.
El cielo es un lago negro con un ojo de sangre,
los árboles se encienden.
La veo a ella, que está ahora en varios
lugares a la vez,
mientras me quemo como un diario.
Ella, que es tan fría,
abre sus brazos y me apaga.

Hay otros sonidos.
El rotor de un helicóptero que abre
la cremallera del aire.
El sonido de la lluvia acribillando el bosque.
El chistido del viento sobre las hojas en llamas.

Y hablamos nuevamente de la vida sutil,
de los matados por el tiempo,
hablamos de los pájaros que se comían la tristeza.

Buscamos la palabra exacta.
La encontramos, la perdemos,

la volvemos a encontrar caída entre la zarza,
ahí donde cayó el hacha cortadora.

Metemos las manos en un espejismo
y ya casi la decimos,
pero se imponen los sonidos cercanos de la ruta
donde pasan otros buscadores
y todo lo que sucede
sucede entre nosotros.

RÍO DE CUCHILLOS

Te voy a contar un secreto, amigo mío:
hace muchos años, en los años del óxido,
me enseñaron a odiar tus países.
O me pareció.

Yo no sabía qué clase de amor era el odio.

La herrumbre del puerto cegaba tus ojos,
ahí donde se enredan los ríos chilenos
con los barcos sudamericanos.

Los milicos argentinos traían
cuchillos muertos, de esos que nadan
en el plasma oscuro de las arterias
como peces desafilados.

El que no corre es un río,
pensé que decían en esas llanuras tediosas.
O me pareció.
Y me molían a patadas por culpa de tus países.
Sentí asco, te digo, alguna especie de asco.

Vos escribías como los ríos
que bajan de la cordillera a los saltos
y se llevan de a poco el color de los cerros.

Los milicos chilenos venían
con sobredosis de una tierra confusa
porque esas montañas se mueven, amigo,

y la gente presiente que moverse
es una tradición del agua.

Entonces los ríos, el idioma
de la tierra cuando le habla al mar,
empezaron a correr por nuestras venas.
Eran ríos circulares y rojos
como las fronteras de dos países
que giran y se friccionan,
heridas con la forma de Chile,
manchas de humedad que parecen islas
en un mapa argentino.

Corrían y corrían los sedimentos
de aquella memoria que arde
y nos quema la piel
cuando adoptamos la forma de los poderosos.

Solamente esos ríos pueden correr
sin que los persiga una milicia de sombras
y muchos animales creen que son demonios,
ellos también tienen la costumbre
de pisarte los talones.

Te digo que nadie nos quería
y el desamor, amigo,
hace desaguar a los ríos en cualquier parte.

Ojalá nos persiguieran sombras o animales
antes que esos demonios.

En los torrentes de sangre,
nadie se atreve a nadar
por miedo a la mordedura de un pez oxidado
o a que te rocen esos cuchillos,
pero no falta el que cierra los ojos y se mete,

y los demás repiten, repiten.
Hasta puede resultarles dulce,
fácil de flotar, gelatinoso,
tibio como los perros amarillos de la calle
que siempre miran hacia atrás
a ver si los persigue un país de milicos
o dos.

Vamos, que si te odian los odiados
no es amor, es matemática.
Y rezamos para que no se repita.

Los milicos me enseñaron a odiar tus países.
Por suerte no aprendí.
Aunque me persiguieron, no aprendí.

Y eso que muy pocas veces tuve suerte rezando.

(a Raúl Zurita)

SE AVECINAN HORAS DE MUCHO TRABAJO

Me miraste sólo una vez.

Yo trabajaba en el bosque,
un bosque pequeño
donde hacía milagros con el hacha.

Puedo decir que los conocía a todos.
A todos los árboles.
A cada uno de los que oscilan
en la vida silenciosa.

Ahora salgo en tu mirada
cuando se enciende como los vidrios ardidos.
Salgo en tu mirada y me azoto
contra las ramas y los troncos
del mundo que ves.

Ellos me podrían hacer polvo,
pero se quedan callados.

Venía de enterrar al hombre, pero despertó
para despojarme otra vez de todo.

Nadie lo encontró porque nadie lo buscaba.

Muchas personas pasaron a su lado,
ahí donde está el pasto y la tierra movida.
Arrastraban las bolsas, hablaban por teléfono
y apretaban sus carteras con dinero contra el cuerpo.

El hombre despertó un día de la pudrición:
habló despacio, medio golpeado,
y se fue a vivir a un rincón del pecho
donde lo dejé volver y quedarse,
algo complacido, algo mortificado.

Somos inmortales pero en lo más mínimo.

LOS OLORES DEL PUEBLO

El olor del perro mojado por la lluvia.
El olor a sopa en la casa del herrero.
El olor y el peso de la ropa húmeda.
El olor a pasto recién cortado.
El olor a kerosén del Bram Metal.

El olor de la grasa en los fierros del tren.
El olor a jazmín de esas noches calientes.
El olor del cielo, que cae.
El olor a encierro que sale de mi pieza oscura.

El olor del auto nuevo.
El olor de la marcha indecisa por la ruta.
El olor de la escala moral.
El olor a té de tilo.

El olor del agotamiento espiritual.
El olor de la botellita de cognac.

El olor a basura en el sifón del lavaplatos.

El olor a Dios,
cuando se empieza a descomponer y no para.

El olor del vacío.

Hicimos un viejo puente, que era nuevo.

Lo hicimos con dos brazos, una voz de cortesía
y el cerebro nipón que todos tenemos
en algún lugar del cráneo.

Lo hicimos con celulosa helicoidal,
con un haz de tubos recortados y más
y más especialización.

Hicimos un puente viejo, que era nuevo,
y nos paramos encima.

El viento cruza, ahora, por allí,
nos da en la cara.
También corre por debajo la Ruta Dos
y atraviesa un espejo curvo
que es la matriz del mundo.

Una vez parados encima
vemos desfilar a los seres vivos.
Es fácil reconocerlos porque vienen
de los campos y de las ciudades.

Y vemos a los muertos, que también
proceden de los campos y de las ciudades,
pero no llevan prisa.

LA ENUMERACIÓN

Once amigos y un traidor.
Un río extraño:
tal vez más ancho que largo.

Miles de calles cruzándose
y buscando el infinito
(sin embargo era una sola
y regresaba al origen).

Buena sangre,
para que circule la memoria.
Mala sangre,
para que además de circular
la memoria te haga luchar por algo.

Doscientas viejas cúpulas
y hasta ahí alcanzaban mis ojos
en esos años en que no sabía
alzar la vista.

Diez horas de ceguera
y los ciegos llenos de mi piedad relojera.
Un sombrero arrugado y vacío.
Una mesa, un paño,
un hombre encarcelado por la luz,
soñando con las brasas de una palabra lejana.

Agua, aire, tierra y fuego:
el ladrillo tiene los cuatro principios
(podemos construir,
estamos aptos para la escritura).

Mucha lluvia todo el año,
así la ciudad que uno toca y oye
metido en el óxido
pueda verse cada día.

Once poetas, un traidor.
Una fosa.
Dos bolsas de huesos encontrados con las manos.
Un perro que entiende los ojos del hombre
y la tristeza del río que se trepa en la mirada.

Una mujer de hierro en cada plaza,
y que la lluvia tarde siglos
en llegarle al corazón.

Una mujer de hierro al costado de la vía.
esperando de su amor un fuego irreal,
con dos guantes de amianto.

Treinta libros viejos,
la mitad leídos, la mitad hecha pedazos.
Una rueda de hombres ocultos
tratando de encerrar el tiempo.

Once músicos, un traidor.
Cuatro estrellas y una cruz: el Sur.
La mitad redonda de una naranja.
El tratado de Piazzolla sobre estas calles,
y un cielo para las cosas: la tierra,
porque todo ahí es verdad.

El movimiento indiscutible de las piedras,
los mares y los zapatos.
Los surcos en las caras de los viejos.

Una permanencia que, hasta ahora,
no se mezcla entre la gente.

El zapatero y todos los que puedan
ver las cosas con su propia luz.

Dos cuerpos: dos y dos
el que traemos puesto
el que llevamos para el impacto,
el otro, el otro,
y cuando se junten esos cuatro
sean dos (y dos en el espejo), dos
subiendo la escalera tomados de la mano
metidos en un solo cuerpo, cuatro piernas,
dos cabezas:
ese monstruoso amor.

II
ESE MONSTRUOSO AMOR

ALLÁ A LO LEJOS

El sol me golpea y siento que pasa
la calle dura bajo mis pies,
a toda prisa.

No comprendo si soy el indeciso
que avanza y camina
o la sombra misma que va pegada al animal,
ese tractor que me arrastra como a una pesada
capa mojada por la lluvia.

Este animal en el que voy metido,
en sus ratos libres escribe poemas
y después dice: soñé.

O soy la negación de la luz
que me sigue a todas partes,
la materia blanca, roja, húmeda,
porosa y deficiente, que la acompaña.

Este animal me lleva por el mundo
haciendo lo que sabe.

Ve a otros animales
que se despedazan entre ellos.
Se acerca para comprobar si el río ya está muerto:
todavía se mueve, entonces toma
un poco de agua y se recuesta.

Esa tarde conocí a uno que tallaba letreros
en madera de ciprés.
Se lo veía cansado,
es el polvo de las obras, dijo,
que me viene comiendo los pulmones desde chico.

La tristeza puede ser interminable
para el que aprende a conocer a los demás.

Escuchando canciones italianas
recordé a mi madre a la salida del cine:
habíamos llorado, habíamos reído,
y uno piensa que momentos como ese
mueven a los ríos y detienen las guerras
para siempre.

Un día el animal siente que esa helada
bajo la que durmió cuando era un cachorro
en las estepas del Sur
ahora está llegando adentro de sus huesos.
Siente que las imágenes
empiezan a saltarse el control de su mirada.

Es hora de organizar la resistencia.
Sabe que la guerra tendrá
siempre el mismo resultado:
ganará la muerte, quién más.
La belleza está en las armas.

Y en medio de tanto manoseo,
aunque no lo parezca,
hasta desesperarse puede ser un alivio.

Este animal en el que voy metido
a veces se queda mirando
y no me doy cuenta bien qué cosa ve,
pero es algo lejano, muy lejano.

Este animal, que en sus ratos libres
escribe poemas y después dice: soñé.

(a Jorge Boccanera)

EL REGRESADOR

Aquello que terminó
está sucediendo todavía.

Aquel amor que fue, regresa.

Porque todo lo que lleva sangre o música
tarde o temprano se reanuda.

Pero cuidado.
Mi carne te conoce,
mis dedos caminaron ya cien veces
en la luz dormida de tu cuerpo.

Y no es agua la sed.

No basta clavar un puñal en el cielo
para desatar una tormenta.

INTOCABLE

Ella está en su lugar
y no hay nada que hacer.
Ni sacarla del mar, ni salir
a terminar con la dureza del sol.

Un deseo no es ley
aunque se pague la culpa
matando a unos cuantos
dioses de barro.

Yo la siento, la sentía
como al oxígeno,
como a un cuello de botella
en los puños apretados.

Vino a ocupar este sitio
y no hay nada que hacer.
Ni entregarse como un bruto
a los trabajos de la mañana,
ni perder el tiempo armando cartas
o bendiciones públicas.

Ella está en su lugar.
Lo demás
es materia de condenados.

BOCAS

Él tiene la boca negra, ella la boca roja.

Hay un árbol que se ha muerto
desde hace ya varios años,
ahí mismo.

La boca negra como brea.

Por el camino de piedra
va un torrente, apenas.

Y a ella, roja como una boca,
la recogen con redes del mar.

Un viento duro le derrama los ojos.

Son amantes pero no se aman.

Ella monta una bicicleta de hombre.

Él tiene la boca negra, ella la boca roja.

Y siempre han sabido que las cosas
son lo que son.

Ella sabe de barcos,
a mí me ahoga el rumor de la lluvia.

Ella encuentra misterios, llaves
de bronce, palabras, silencio,
porque las húmedas ciudades son baúles
y ella sabe de barcos.

Yo siempre he buscado tesoros
atento al mensaje, al olor de madera
que traen los vientos.
No sé por qué mi cuerpo lleno
de sangre es una copa
o un timón que gira.

Ella sabe de barcos,
a mí me ahoga el rumor de la lluvia.

Pero ella pertenece al mundo movedizo.
No teme a los relojes, a los mares, a los trenes.
Si una cadena es música de hierro,
una moneda puede ser el sol
porque las húmedas ciudades se disuelven
y ella sabe de barcos.

Yo soy del cobalto y la ceniza,
un caminante que naufraga en tierra
y se hunde en la avenida lentamente.

Cuando flota la luna sobre el río
con una sola piedra he derramado
su arena blanca en toda el agua.

Ella sabe de barcos,
a mí me ahoga el rumor de la lluvia.

APOGEO

Fundaría Roma.
Fundaría Nínive en la Mesopotamia
que encierran sus piernas.

Ella y un eclipse
que oscurecerá su espalda
de un momento a otro.

Ella y la lejana Antares
brillando en el Pacífico.

Su dolor es un sueño antiguo
donde viven las aves que cruzaron la guerra.

Ella una promesa de rocas,
el rumor de un cielo sordo.
Bajo la luz de su lámpara
soñamos con las peores tormentas del sol.

A Ella no
Ya no la veré
Ya no la veré
con su alegría reconstituida/ Más.

EL RASTRO

Envuelto en su recuerdo
viajo de noche con la marcha
difusa de la cacería.

Ella no aguanta el olor de la pólvora
ni el ruido de los jinetes que llevan
el sudor pegado a la piel
cuando la niebla se llena de víctimas.

No soporta la carne blanca,
nudosa, que se debate
ni a los ojos del cuerpo cerrándose
en convicciones dolorosas.

Ni a un vacío lleno de leones vacíos.

Ni a su cuerda de gritar
encadenada
por el óxido circular de la moral/ No.

COMPARACIONES

Ando en círculos
como si llevara un brazo
cargado de botellas,
como si me pesara más un lado,
como un pájaro que tuviera
solamente un ala.

Vivo en círculos, como un dios errante.

Tantas vueltas que doy.

Como un círculo trazado por un brazo
cargado de botellas,
como un pájaro cuyo vuelo inseguro
dura toda la eternidad
y su peso prohibido
va del lado del corazón.

PROFUNDO Y ESPURIO

Salvo que el tiempo arregle todas las cosas,
como dicen por ahí,
en estas alfombras de mugre
donde cabalgan los mal nacidos
y el pasto crece cada vez más duro y amarillo,
salvo que el tiempo arregle las cosas,
como te digo,
por el momento soy un desacierto,
un tiro sinuoso de mi fusil torcido,
un bastardo,
apenas uno de los errores de Dios.

De los más pequeños, eso sí.

EL PRIMER DÉJÀ VU

Un caballo sobre la pampa y un árbol.

Un caballo que se mece
con la ternura de un barco.

Un caballo de miel
y dos riendas duras.

Qué. ¿No viste la muerte,
cómo cabalgaba?

Un caballo de madera
y un árbol partido vagando
por tierras inútiles.

Y recordé cómo fui:
ausente, mecido, triste, líquido.

Qué. ¿No viste la muerte,
cómo cabalgaba?

OBRA

Esta clase de estructura es muy compleja.
Nunca se construyó algo parecido
y ya sentimos la presión por terminar a tiempo.

El dios de la muerte sigue acumulando muerte.

El dios de la risa sigue acumulando risa.

Iba a ser de hierro, de tungsteno,
con los balcones caídos
como las tetas de una perra vieja
y con algunas plantas amarillas por aquí,
por allá.

Iba a ser de nada, o tal vez apenas
más concreta: de luz
con ausencia de martillazos y un soporte
que dudamos sublimar entre la música
y los suicidios con gas.

No hubo mejor amor que el de la psicodelia,
pero llegamos a destiempo,
ligeramente niños.

El dios del miedo nos vendió los seguros.

El dios del absurdo sigue acumulando gente.

TAMPOCO HAY QUE TENER PRISA

Al costado del camino
esas piedras redondas.

Al costado del camino
la mirada negra de las víboras.

Al otro costado
los alborotadores de la sangre oscura
y una vieja muerta, un pedazo de papel,
las ratas apuradas,
el solcito,
la basura viajando hacia atrás.

ORDEN CERRADO

A orillas del río Negro me dijeron
traidor a la patria.
A la patria no,
solo anduve en esos fondos de la noche
donde había luces rojas y pequeñas.
O acaso el país no llega
hasta el borde de los campamentos,
hasta esos cuerpos
que aparecen al encender un fósforo.

Cualquier cosa menos traidor.
Tenía nada más que una radio,
una linterna,
y dormí sin permiso bajo un árbol
en la zona verde del país.

Traidor a los sueños tampoco.
Y eso que soñé con las manos oxidadas
de mi madre aferrando un arma.

Le digo más, la patria estaba llena
de mujeres que ni luz en los ojos tenían,
que ni frente, ni perfil,
y había que darles unos tragos
para que no se volvieran fantasmas.
¿O no?

TÉCNICA DEL AUTORRETRATO

Fui construido cuando toda esa gente
perseguía la luna, hasta que la alcanzaron.

Me sacaron bruscamente del cielo.
No de un cielo que después
sobrevolaron las gaviotas carroñeras.
No del cielo blanco donde se pudre
la luz amarilla de esta lámpara.
No de ese bajocielo revuelto por los aviones.
Me sacaron bruscamente y nunca
pude decir quién soy.

Fui construido mientras llegaban
la contracultura y la palabra misil
a las tierras del Sur
y Marilyn se moría para no morir jamás.
Las vueltas que dio el metal en cada reja.
Las que dio la sangre encerrada en este cuerpo.

Me sacarán bruscamente de la tierra.
De la tierra sobrevolada, revuelta,
y tal vez nunca pueda decir quién soy.

Los caminos al desierto y los ríos al mar:
así vimos pasar la vida.
El resto es andar y no quedarse,
que el polvo puede ser el agua
y las estatuas se hunden.

Solíamos ir a la montaña a pescar
unas piedras grises, los peces
que daban su color al río
y se morían bajo el peso tibio del aire.

En el país del aire
pasaba y pasaba el polvo.
Nadie decía nada.
El viento estuvo muchos años
secando nuestras bocas junto
a una fuente oxidada.

Solíamos traer muchas piedras grises
pero nadie decía nada.
Sin agua en la boca, la lengua
se había muerto como un pez.

Se había muerto como un pez,
la lengua, y daba luz.

DISTANCIAMIENTO

Nunca fui de los mejores en cálculo
y vengo tropezando con las piedras
desde la dolorosa Antigüedad.
Recorro siglos, vuelvo a insistir,
tropiezo de nuevo.

Cerca de donde vivo hay una plaza
donde crecen unos cedros del Líbano.
A 80 metros se puede ver un Cristo
rodeado por la multitud.
Con la brisa llega un rumor que parece
de aplausos o de lluvia.

Hicimos una fila de generaciones
para llegar hasta él.
Se ubicaron mis padres un metro adelante.
Mis abuelos Francisco, Luisa,
Ramona y Pablo, otro paso más allá.
Después los bisabuelos Vittoria y Vincenzo,
acompañados por seis desconocidos
que guardaban la misma distancia.
Un metro más, Maddalena y Francesco
destacaban entre mis dieciséis tatarabuelos,
antes de sus treinta y dos padres.

La fila, que seguía duplicándose,
llegó a mediados del Quattrocento
y ya eran más de un millón
en tan solo 20 metros.
Eso es menos, tal vez, de lo que medía
la sala de *Cinema Paradiso*.

Menos que las bodegas de los barcos
llenos de inmigrantes italianos
que entraron al puerto de Buenos Aires,
como el que trajo a Vittoria y a Vincenzo.
Menos de lo que mide una ballena azul
vista desde la borda.

Los europeos, que buscaban otra cosa,
se habían topado recién con este cosmos
que no necesitaba nada, ni siquiera sus caballos,
y estaba cargado de árboles y los árboles
cargados de pájaros y los pájaros,
como todos los seres de aquí,
eran fuertes para andar entre sombras
tan espesas que ni la lluvia
era capaz de atravesar.

Ya lo dije, soy torpe con los números.
Perdí la cuenta.
Solo sé que un metro de distanciamiento
(o de acercamiento, según se vea)
hace llegar esa fila de padres,
y de padres de los padres,
al Año Cero en 80 metros.
Es menos que la eslora del vapor «Sirio»
cuando se hundió repleto de emigrantes en 1906.
Menos que el faro Linterna de Genova.
Menos que el alcance de las voces
en la Arena de Verona.

Es lo que mide esta plaza,
donde crecen sin dificultad unos cedros del Líbano,
que no necesitan nada.
Atestada, ahora, de personas que pasan
con la mirada llena de agua

como si vieran una ballena azul
en el mar, desde la borda.

80 generaciones nos separan de ese Cristo.
Lo rodea una multitud.
Se oye un rumor como de aplausos o de lluvia.
Perdí la cuenta.
Creo que todos son mi familia.

TEATRO INFANTIL

Un farol circular
y su cántaro de luz que cae al suelo.

Es de noche y los pájaros se han ido.
Todos creen que volverán.

Las hojas húmedas se amontonan calle abajo.
Si corriera un niño, ahora,
se notaría en las baldosas sueltas de la vereda.

Adentro, alguien está imitando el cielo:
ha cosido unas monedas de aluminio
sobre un modesto paño negro.

En la otra ventana, una luz espesa
va mezclando las sombras suavemente.

Y nadie sabe qué es lo que se ha ido
pero todos creen que volverá.

EL PUNTO FIJO

Se internaron antes que nosotros
en la vida de las palabras
buscando el origen, el fin,
la causa y el objeto.

Pero regresaron ciegos.
De modo que si hallaron la verdad
solo pudieron comunicar la duda.

Habrá más oportunidades.
El sol ha vuelto a cruzar nuestra vida hoy
y el tiempo no destruye todo
con la misma prisa.

Por eso estoy sobre la roca,
una de sus demoras prodigiosas,
esperando.

CONOCIMIENTO

Escuché el sonido de unas palabras
recortadas en la sombra.

La sangre que abandona el paraíso
toma la forma de este río que habla.

Golpeado por un sol antiguo,
en el lugar donde anoche mismo
se arrastraba una luna poderosa,
qué puedo saber yo
si apenas
soy un cuerpo de agua
secándose lentamente
sobre este lecho de piedras.

MI MADRE METIÓ UN PIE EN EL BARRO

Le pedí que me saque de ese lugar.
Estaban todos alrededor de una mesa
y festejaban de forma grotesca.
Ya saben: reírse de los débiles,
de los distraídos.

Le pedí que me lleve
y ella me tomó en sus brazos.
Envueltos con un chal,
salimos por una ventana helada
como dos fantasmas medievales.

La noche llovía sobre las cosas
y las cubría de tinta.
Fue la primera vez que escapamos juntos.
Atrás quedaban las burlas
y la lluvia negra cayendo sobre una vida gris.
A media cuadra todavía nos alcanzaban
las risotadas furiosas.

Tenía las mejillas hirviendo
como si me hubiesen tirado agua encendida.
En la casa, mi padre estaría solo
bebiendo su té y mirando la hora
cada tres minutos.

Casi me olvido de todo esto
porque el olvido es un fenómeno físico
y la memoria permanece
como las luces fugaces del cielo.

El olvido es otra sombra
y aquella fue la primera vez que huimos juntos.
Después, nada fue como antes.
Escapemos, pienso,
y aparecen enseguida las ventanas heladas
con su cuadrado de fuga
diseñado para fantasmas como nosotros,
por donde huyen la luz y el tiempo.

No se veía nada, el olvido es así,
y mi madre estaba exhausta
porque yo era casi un anciano
y pesaba mucho más que los astros.

En ese afán por escapar
metió un pie en el barro.

Es milagrosa la tristeza.

PERDÓN

Nunca antes había visto, en esta tierra,
una crucifixión.

Fue en una de esas horas de lucidez,
cuando la mente coincide con el cuerpo
en tiempo real,
aquello que muchos representaron
con una luz, con una esfera regular
sobre un rostro inocente,
o el compromiso de los astros
detrás de una silueta congelada.

El pájaro estaba inmóvil,
clavado en un poste al costado de la ruta.

Recibía una brisa que no tenía comienzo
ni tenía fin
y miraba desde atrás de sus ojos
como pidiendo disculpas.

El que venía conmigo trató de bajarlo,
acercó la mano, pero la retiró enseguida.
Parece un ave rapaz, me dijo.

Nos alejamos para seguir nuestro camino,
aunque me di vuelta como a los treinta pasos.

No vi las armas debajo de sus alas.

No me pareció un ave rapaz.

TUBOS DE GAS

Alguien entrará a la casa, alguna vez,
y al encender la luz
todo estallará en mil pedazos.

Alguien hará los mejores poemas,
pero también hará los peores.

Es impresionante ver la gente en esas plazas.
Desde aquí arriba parecen ir en todas direcciones.
Su movimiento es similar a los espermios
en un microscopio.

Hay que darle al ojo.
Meter el ojo en una tubería
es un ejercicio de belleza.
Las corrientes, ¿por qué vienen?
La frustración, ¿por qué?

Antes leíamos como animales que pastan
y eligen la hierba más tierna.
Pero después de un tiempo ya no.
Ahora engullimos el pasto seco,
la hojarasca masticada hasta el cansancio.
Y como aquellos que se van
de la casa más amada,
nos alejamos de la poesía amarga.

La llama es azul, aséptica,
como para que en ella no viva siquiera
una mísera salamandra.

Ahora que los fuegos son fríos,
esperamos al genio, vivimos en la sombra.

Meter el ojo en una tubería
es un ejercicio de belleza.
La casa va a estar sola y por ahora
se siente mucho olor a gas.

No faltará el desconocido que llegue fumando.

EL RELOJERO

No me pregunten cuándo sucedió
pero recuerdo sí que le llevamos
un reloj antiguo de cadena
marca Longben
para ver si tenía algún remedio.

Lo sopesó, abrió la tapa
y sus brazos se hincharon
como si levantara una camioneta.

Es bueno, dijo, 18 rubíes
con engranajes montados
sobre estas piedritas rojas
que son más duras que el acero.

Lo esperamos en el jardín,
donde tenía su famoso reloj de sol,
y nos quedamos pensando
en lo que fuimos, en lo que seremos,
cuando los números y la luz
se equilibren delicadamente.

Está difícil, vuelvan mañana, dijo.
Y salimos de aquel lugar
por una ruta invisible,
medidos para siempre,
listos para empezar y volver
a empezar.

Firdousí escribió la epopeya del *Zohak*.
Se la llamó *Libro de los Reyes*.

Por la *Odisea* supe del país
de los brutales cimerios
y de un sol enterrado a sus espaldas.

Yo te recuerdo, madre, todos los días.

Pero me acuerdo también
del cielo caliente de Tokio,
de las luciérnagas incontables
al costado de la Ruta Dos,
del nombre completo de Lenin,
de palabras como «odre» y «gozne» en la literatura,
y al costado de la misma ruta
los animales que morían con las patas
señalando hacia el Este.

Yo te recuerdo, madre, todos los días.

Tiene una bandera detenida
ese raro país, en el medio de la nada,
en el medio del frío.
Sus colores están secos,
el viento la estalló contra sí misma
y hay que adivinar adónde estamos.

No es bueno, dijo el que va conmigo,
caminar tanto en contra de la luz.
Pero hace rato que viajamos
en todas direcciones,
como esos peces que pintaba Paul Klee.

Los zapatos se hunden,
el aire brega por sacar del barro
estas huellas desordenadas.
Usted sabe, dijo,
la tienda de los milagros
puede estar en esta calle o en la otra,
tal vez un poco más allá,
junto al baldío donde dejan estacionarse.

Pero la luz está en todas partes, pensé,
aunque no llegue a la cámara vacía del ojo.

Ahora bien,
si la memoria no me falla
dando vuelta en esa esquina
vamos a encontrar un viejo cine,
la casa de mis padres con su biblioteca de madera
y una puerta solitaria en medio de una larga pared

que sirve para llegar
adonde ya no queda ninguna pregunta.

No hay una biblioteca de madera,
dijo, entre mis sueños
y la llave que conservo atada al fuego
no tiene acceso a los depósitos del tiempo.

De acuerdo, entonces, sigamos vagando:
no es hora de abrir
esta pobre historia que llevo en la maleta.

COSAS DEL MUNDO

Mi padre esperaba que al morir
no se perdiera lo que sus ojos
habían visto: gatos viejos,
tierra fresca en el otoño,
el verdín que nace de las campanas
después de tantos años.

El dolor de los metales retorcidos,
los reflejos de latón que daba el sol
a la mañana, duraznos,
rosas ahogadas lentamente
en la humedad de los floreros.
Algo quedaría.

Mi padre dijo que al morir
el mundo no podría detenerse
porque tantos árboles plantó a su alrededor
que era como si la tierra girara.

Y de tanto girar
los árboles del mundo parecían quietos.

MEDIANERA

Aquí siempre se va de Norte a Sur,
o simplemente se regresa.

Pero hay un tramo de la ruta
que tiene un solo costado.

En la acera derecha
deja de salir el pasto, de repente,
y las casuchas con los techos oxidados
se descontinúan.

El campo parece un mar que en la bruma
se vuelve invisible.

Un tipo arrojó una botella hacia el Este,
porque no lo podía creer.

La botella encerraba un mensaje vacío
que los pedazos de vidrio liberaron
estrellándose contra la nada.

Los accidentes, de aquel lado,
siempre quedan inconclusos.

LA CARRERA

Era la tierra.
Una simple expresión del alimento
con las cruces, los árboles,
sus pájaros migratorios,
el carbón escondido en la maleza.

Todos los años nos sentábamos
en un bote abandonado a la orilla del campo
y remábamos un rato,
todos los años,
cada día primero de noviembre.

El bote no avanzaba mucho
sobre el camino de greda.
Apenas unos metros, con esfuerzo,
y entonces nos sentíamos tan cansados,
listos para olvidarnos del amor, de las llagas,
de los perros que ladran en el pecho.

Dimos muchas vueltas alrededor del sol
en ese río de barro trajinado
contra una luz espesa.

Ahora eché raíces en el tiempo.
Ahora estoy quieto y es mejor que sigas
viajando hacia atrás
como viajan los postes, como viajan
las piedras oscuras de la orilla.

Mejor que te quedes tranquila
porque va muy lento el horizonte
y cuando por fin entiendas la carrera
estaremos listos,
fugados del terreno pegajoso,
donde sufren los ojos y se apagan las manos.

EL LINGOTE DE HIERRO

Aunque lo azote con brusquedad,
un viento
no podría moverlo.

El niño de la casa lo levanta con esfuerzo.
Sus manos se oxidan un poco.

Lo afirma con cuidado sobre las patas
del cachorro para que no se vaya.

A veces lo desliza en la vereda
y un rumor sordo, como de tormenta,
raja las siestas del verano.
Nadie conoce su procedencia, sabemos
que una vez lo usaron para aplastar fotografías.

El niño de la casa calienta el lingote al sol
y lo deja en la caja donde duerme el perro
para que no sienta frío.

Con el paso del tren, el lingote
vibra y resbala
como si respondiera a un antiguo llamado.

Lo querían enterrar y desenterrar
para entender la muerte.

Siempre tropiezan con él y lo apartan
como a un sapo.
Dicen que cada día pesa más.

Para todos la vida va empeorando,
pero el lingote permanece casi igual.

A veces desprende una gota de herrumbre
como la que vieron salir de la nariz del vecino
antes de cerrar el ataúd.

El niño de la casa lo vuelve a dejar
bajo el sol despiadado
y mide su crecimiento.

Adentro del agua
resulta más pesado todavía.

Juega a que es un barco cerrado.
No sabe si debe salvarlo
o dejar que naufrague.

CONTARLE LA FOTO A UN CIEGO

Cuadrada.
Si la aumentan demasiado
es como echarle un puñado de arena.
En el centro se ve a una mujer de labios húmedos
y un poco más atrás hay un dios.
¿Un dios?
Sí, en el último plano.
Antes aparece una colina helada,
la nieve está sucia, como la luna,
porque han pasado mujeres y hombres,
se nota en las huellas que dejaron
las ruedas y los caballos.
Un charco de orín humea todavía como un géiser
justo donde el sol va insistir
hasta hacerle un agujero.
Esa foto incluye a dos muchachos
que se ríen sin rostros.
El reflejo del blanco los desintegró.
¿Se entiende?
La escena que no ves es la muerte,
pero también la eternidad de un instante
en el que ese dios, bien al fondo,
aparece borroso.

EMBALSE

¿Vieron flotar a las hormigas en la inundación?
¿Cómo se abrazan y forman un solo pueblo?
¿Cómo se mueren las de abajo?

Hay que verlas pasar en la corriente.
y que no se topen con tus piernas en el vado.
Subirían como a un árbol encendido,
como a un fósforo, subirían.

Esto es amistad: un atardecer
con la parte baja de una esfera luminosa
ahogada en el agua.

¿Vieron flotar a esa bola de obreros
medio dormidos, un poco roncos,
mal vestidos y hacinados en un tren
que se lo lleva la corriente?

¿Vieron cómo aguantan la respiración
a las seis de la mañana?

LOS DEMOLIDOS

Aparecemos siempre desde la luz,
como los mudos que se expresan con la sombra.

Somos una combinación estrafalaria:
un poco antiguos, algo modernos,
con esta vida abandonada pero llena de brillos
y un interior de tapicerías negras.

Se oyen los ruidos propios de una demolición.
Taladros, golpes, derrumbes.
Hay humo.

Todavía nos queda una casa abierta
donde podemos dormir y ver el aire negro
raspado por las constelaciones.
Pero se oyen taladros, golpes, derrumbes.

Acostumbrados a mirar el cielo oscuro.
Acostumbrados a dormir con un ojo abierto,
estamos asomando cada día, pero cada día
el tiempo se desmorona.

Hay gente que trabaja, se oyen otros ruidos.
Hay un tipo sobre el andamio
que bordea de noche el precipicio
iluminado por algunas monedas.

Antes sonaban las guitarras y los relojes.
Pero hace tiempo que los relojes detenidos
como los pájaros muertos
se tiran a la basura.

Van a demoler la calle,
van a demoler las ventanas,
la luz que entra por las ventanas,
y después vendrán todas esas molestias.

La grúa operando en este paisaje cruel y hermoso,
como si una tragedia estuviera a punto de ocurrir.
Golpes de luz en el agua, en la piedra.
Golpes a la belleza de Dios y los perros violentos,
como en esas increíbles noches griegas.

(Se intensifican los golpes de martillo.)

Se oye un estruendo, cae un muro
y parece caer el soporte numérico del universo.
En cambio, la pequeña demolición de los cuerpos
no se oye,
la de la calle, la maldición de los suburbios,
la opinión chiquita de las viejas y los descaminados,
el día en que te golpearon, lenguaraz, no se oye,
ni los goterones de la sangre espesa,
ni la servilleta de papel con tu nombre escrito,
silenciosamente, no se oye.

Escuchen. Escuchen bien,
que si prestan atención
oirán esos gritos cada vez más débiles.

Queda sólo una taza, un vaso, dos o tres platos.
Ayer se vino abajo otra repisa con las vibraciones.

La delicada destrucción está pasando
justo ahora,
por este exacto lugar.

III
POR ESTE EXACTO LUGAR

PRIMERA

Este señor
vestido de camisa azul y de vaquero azul,
montado en un ruidoso John Deere,
se ha detenido en el medio del campo
que es, a esta hora bajo el sol,
un sórdido recuerdo de la luz.

Podría ser todo irreal
bajo el motor, entre los surcos.
Podría este hombre con su escritura desordenada
borrar el pensamiento de la tierra
mientras la ciudad se recorta
en silencio
contra la silbatina del viento.

Dice: por aquí ya pasó la poesía,
qué va a crecer entonces.
Dice después: si ya pasó la poesía
por ese resquicio entre el caos y el orden,
pasó por entremedio de las vallas
de alambre y de madera,
pasó y murió:
hay que enterrarla,
hay que hacerle correr el tractor por encima.

Podría ser todo real,
quién lo discute.

SEGUNDA

El cazador aparta los matorrales
y espera agazapado.

Se cuida de la noche,
ha visto cómo esas luces inexplicables
salen de los pajonales,
parecen ojos que vuelan juntos
en una mirada que patrulla el horizonte circular,
luego se distancian
para ver cada uno lo suyo
sobre la tierra inmensa
y al final se apagan como cigarros
en cualquier parte.

El cazador se duerme junto a un fuego débil
y sueña con aquellas luces.
El campo sigue mórbido bajo la niebla.

Sueña que es el animal más fuerte.

TERCERA

Hombres y mujeres se despertaron
y supieron que éste no era un buen lugar.

Votaron en silencio
como testigos asustados.

Unieron largas telas
y pusieron mástiles sobre las casas.

Todos de acuerdo, a cierta hora,
izaron las velas de barco en sus techos,
soltaron las amarras del pueblo
y se fueron navegando lentamente
por el campo.

Ahora no queda nada.

Si se arroja una piedra,
la piedra en este lugar
se hunde.

CUESTA ABAJO

Por eso entré en este sueño:
mudo gris sur polvo cielo.

Alguien dice: te necesito
y cae.

Mientras los buscadores de palabras
se disputan una luna oxidada,
una perla ebria de silencio.

ANTICIPACIÓN Y RECUERDO

Sentado junto a un paredón de Westminster
recordé un lugar inhóspito del Sur,
cerca de un valle interminable
donde cultivan manzanas y fermenta la sidra.

Después, al caminar por el terraplén Victoria
evoqué una anticipación.

Marchábamos con la escuadra
y yo era un pequeño soldado.
El recluta Dalponte quería saber
adónde nos estaban llevando.
Mientras caminaba con la mitad
del cuerpo metido en un sueño, le dije:
al sendero que pasa entre los álamos,
donde apilan troncos de pino
y vive un inmenso gato blanco y negro.

Eso fue muy cerca, también, del golfo
donde las ballenas azotan el mar
cuando se aparean
y las piedras de la playa tiemblan
con sus coletazos.

Vieran la cara del recluta Dalponte
cuando aparecieron, después de una curva,
enormes acopios de madera
y un gato de ojos verdes tipo esmoquin
huyó a nuestro paso redoblado.

Aquella vez pensé:
por aquí no pasan ni las balas,
qué va a pasar entonces la poesía.

Pero me equivoqué.

CHATARRA

Nos alejamos del letrero Zona Urbana.
Buscábamos calles abiertas, largas vidas,
hilos de cobre, vías de ferrocarril.
Alambrados con pájaros
que son como pentagramas,
una espina de pescado atravesada
en la garganta.

Queríamos el horizonte,
el rastro enfermo que viene dejando el sol,
líneas de cebra, de caracol, bancos
de plaza pintados en la espalda
y la espuma que suelta cuando rueda
una lata de cerveza.

Hay mucha gente en esos trenes oxidados.
Una gota de sudor les corroe la vida
más que todo un mes de lluvia.
Los chicos van mutando,
tienen los dedos como tornillos y vuelan
entre chimeneas de latón.

Las ventanas dan a un río de chatarra.
Adivinen el color de los ángeles ahí.

Pedazos de autos, latas de pintura,
rollos de alambre, viruta,
los restos de un cartel y su modelo
deshaciéndose como un cadáver.

Adivinen el color de los ángeles ahí.

Los esqueletos de las bicicletas
y todo lo que el trabajo de la lluvia
y sus líneas incontables trataban de soldar.
Importante es el aire que separa
los alambres del agua.

Qué hermoso es vivir a la orilla de un río.
Las vidas son interminables.
La sabiduría es grande.

LA DETENCIÓN

Si los amores amarran, amor,
me dejo llevar por tu largo peregrinar de río
aunque me hunda.

Todo empezó a ir más lento, mi caballo
tenía la cabeza larga y lloraba
espesamente como los potros de Aquiles.

Después se supo de un amor imperdonable,
de la áspera mujer que me amó
y me devolvió la risa
con sus caricias de fieltro.

Esta mañana,
frente a las ventanas del oeste
me hice objeto, abandoné
toda pulsión.

Eras un recuerdo, apenas,
una imagen
esperando la dirección de la luz.

Me detuve y tu mano,
la que atraviesa la noche,
está cayendo aún sobre mi cuerpo.

Hay un sol bajo este foco estéril
pero aquí no crece nada, ni la sombra.
Cuando es húmedo el viento, como el río,
tampoco nace el fuego

ni aquella lógica materna
que dice que la sangre de la sangre
te ilumina las entrañas.

Me detuve y existo hoy
como existen los perros
que no pueden calcular su amor.

Como toda esa gente humilde y feliz,
con una pala en los ojos
y la mirada perdida,
enterrando a sus muertos en el cielo.

PÁJARO PEQUEÑO

La he visto llegar
desde el fondo de la luz
y mover cientos de veces los brazos
en un segundo.

Y así como cambia de color la lluvia
contra el sol
buscó mi sombra con su boca,
y aleteó más rápido
hasta desaparecer.

Yo no sé de néctares.

Yo no sé de la amargura.

EL HEMORRAGISTA

A cierta hora lo real se vuelve difuso.
Mi perra lleva algo en la boca
sin darse cuenta que encima
viaja sentado un pequeño dios,
de esos que inoculan, por ejemplo,
la tristeza, la egolatría,
las canciones pegadizas.

El pequeño advierte,
en el dialecto que hablan estos seres diminutos,
que las heridas son necesarias
para un aprendizaje real.

Nada dice de la oscuridad
y no hay caso con las teorías: las olvidamos.
Se necesita sangre, olores, afirma
y me obliga a pensar en la muerte.

La perra aplastada bajo las ruedas.
El dios pequeño la abandona
y su cuerpo se enfría.

Era solo una pequeña vida
entre dioses de diversos tamaños.

ARMAZONES DE CRISTAL

La tarde en el séptimo piso
y una razón más para estar cerca del sol.

La tarde vieja, la tarde nueva, luces
en un costado, sombras en el otro.
Por favor, no empujen.

Por qué las sombras de los imbéciles
parecen tan simples.
Los autos dan vuelta a la manzana
y las paredes de la casa ennegrecen cada día.

Un poco de silencio sería lo mejor.

Abajo también hay un árbol con frutos
azules regados sobre un círculo de pasto
donde podrías estar, revuelta y confusa,
bajo la luz torcida de las siete.

Y todo se ve desde aquí arriba
con una inocencia brutal,
como en esos libros de Conrad
donde el valor era más que cualquier otra cosa.

Por favor, no empujen.
Hemos perdido demasiado tiempo.
Pero entre lo que sentías y lo que sientes ahora
no hay más que una pequeña diferencia.

ESCRITURA EN UN LADRILLO

Es de día en un día cualquiera
y preguntamos:
¿qué hemos escrito que lo cambie todo?

La gente avanza por encima del invierno,
cruza un puente oxidado en la avenida.
Por debajo pasa un río de metales
grises, rojos, blancos.

Dice un grafiti:
«si no tuvieras miedo, ¿qué harías?».

Vivimos en una tarde azul.
Alguien se queda afuera, la humedad
de las baldosas le disuelve los pies
como a una escultura de arena.

Hay cuerpos apretados y gruesos
que forman un muro de espaldas, cerrado.
Cuerpos que no dejan salir
una gota de sombra.
Cuerpos que pelean y atesoran
la verdad, la maldición.

A mi hija le gustan los grafitis,
una vez rayó en la pared del colegio:
«más amor, por favor».
Otros hicieron lo mismo, después, en la calle
y en ese muro de espaldas cerradas.

Es una frontera en ruinas, construida
alrededor del tiempo.
Adentro quién sabe qué, sus caras de mármol,
un aire prisionero, los brazos reunidos
sobre el cuello del demonio.
Esas venas oscuras que tienen
cuando la carne es de piedra.

Las naves tiemblan sobre el horizonte
bajo el sol: aquella piedra de metal.

Apoyado contra el muro,
bebe ahora un capitán
la espuma silenciosa de las horas
y llega tarde al sueño cada noche.

La dársena escondía una sirena
entre los fierros carcomidos por la sal.

Pensamos en el frío,
en la luna desgarrada por las grúas,
soñamos con fantasmas de humedad en la pared.

Es cierto, el cielo ha sido bestial
este año con los ciegos y ambulantes,
pero ¿qué hemos escrito que lo cambie todo?

TIERRA MENGUANTE

Esto no puede ser una isla.
Nadie sabe adónde estamos.
No existe el agua ni la temperatura.

Me ordenaron esperar y espero
a que salga la tierra del horizonte
para imaginar que vas allí.

Pasa la tierra, me ilumina.
Un perro le ladra con una voz humana.
Se escucha el ruido de una guerra a lo lejos,
demasiado lejos, no sabemos dónde.

Esto no es la vida,
ni siquiera la muerte.

La tierra atraviesa la noche,
su paso es irregular.
Da pequeños giros inesperados
como un caballo de ajedrez
y sigo imaginando que vas allí,
que me han herido,
que el planeta podría tapar con sus cuerpos
el sonido de todas las guerras.
Mientras, espero otra orden:
la orden de regresar.

Al miedo lo crearon después
que a nuestras vidas, tal vez
para ajustar algunas ideas superiores.

Pero antes fue la tierra azul.
Basta un solo pensamiento para darnos cuenta
que es redonda y despareja
como un tumor que se mueve por el cielo.

Y esto no es la vida,
ni siquiera la muerte.

EL BLANCO

De todos los cielos que atravesé
me quedo con el blanco
porque ahí fondo y figura son lo mismo.
Requisitos de un buen cielo
cuando uno se muere pegado a una luz
cuando uno se muere de amor
cuando uno se muere.

Sobre el blanco de la nieve
el blanco del ojo es un relámpago,
un recuerdo que cruza por la mente
a la velocidad de un balazo.

Dar en el blanco.
Dar en la nieve.
Dar en el ojo.

Ahora viajo encorvado en el asiento
lateral de un camión y mi frente apoyada
en la ventana deja una nube borrosa.

Las piedras parecen un mar
que no se mueve.

El rostro de ella una imagen
que no se mueve.

El blanco, visto así,
es una promesa.

Y tampoco se cumple.

MUTACIÓN

Soy un hombre al que le falta la cabeza.
No es tan sencillo andar así
aunque haya razones para perderla,
y no hablo de discusiones inútiles sobre la historia
o de buscar una forma para que todos vivan
un poco más y mejor.
Una cabeza se pierde por amor.
Una cabeza se pierde en la guerra.

A mi espalda musculosa
la dejé flotando en las aguas de un canal
que pasaba o todavía pasa
por un pueblo humedecido.

Un canal, un pueblo,
todo es indeterminado
en los depósitos del tiempo.

Soy uno que de tanto meter los pies
en la hojarasca del bosque
también los extravió,
así como se pierde la sombra entre las piedras
cuando los soldados se acuestan a rezar.

Soy uno que metió las manos en la niebla
y no las vio nunca más.

Estoy despojado, no tengo cabeza ni espalda
ni manos ni pies.

Ahora me siento completamente un hombre.

UN METRO DE NIEVE

Las islas eran como dos manchas de humedad
y yo un chico recién salido de la escuela.

Me dieron un fusil viejo
que tiraba hacia cualquier parte.
Enemigos hay en todos lados, decía
el teniente burlándose de mi puntería.
Siempre iba a dar en el blanco.

En la sombra de la espalda me colgaron
un aparato de radio
más pesado que el primero de los cuerpos.

El frío me sacaba las manos del campo sensorial.
Yo tenía por entonces algunas
pobres referencias acerca de la nieve:
no la conocía en los poemas de William Carlos Williams,
menos en los de Artur Lundkvist.

Aquella mañana
había que salir de las carpas
y meterse en los camiones,
y salir de los camiones y meterse en un avión,
y salir del avión y meterse en las trincheras,
y salir de las trincheras
pero un metro de nieve lo impidió.

Aquella mañana desperté adentro
del blanco del ojo,

donde pasaba un río de ladrones
como un rayo ciego apoderándose de todo.

Desperté adentro de la luz
que se devoraba los puentes, las carpas,
los camiones, el avión,
la interpretación de los diferentes,
la teoría del desarrollo moral,
las trincheras.

Crucé el río de ladrones
y desperté en la otra orilla, una orilla
donde nadie se ahoga porque la nada
es un lugar donde ya no respiran ni los vivos.

Las islas eran como dos manchas
que nunca me dejaron ver.

EL HUMEDAL

Conocíamos los pantanos de la costa,
esos cangrejales donde solo caballos
entrenados podían navegar.

Sin embargo, una mañana fresca de septiembre,
detrás de la vía donde el tren recorta
los pastizales amarillos,
apareció la primera ciénaga.

Después se empezaron a ver otras
en esos patios grandes de las casas viejas,
en una plaza abandonada,
en el terreno donde anclaban los circos,
en el cementerio.

Eran luces muertas y caídas en cualquier parte,
redondas, como territorios envejecidos
de forma sorpresiva.

Algunos perros se empezaron a hundir
en esas manchas de silencio.
Los siguieron casas, bicicletas,
uno de los costados de la ruta,
los sueños y la lluvia
que penetró como una antorcha helada
en los martirios de la tierra.

Y detrás de todo esto, mi sombra
recordando la muerte, mi sangre
recordando la muerte.

OTRO DÉJÀ VU

Un ascensor.
Tres jarros celestes en la cocina.
La luz envejecida,
recostada en los rincones de la sala.

El sonido ausente de la lluvia,
y esos ventanales que tiemblan
con las estampidas de los autos
en la avenida.

Te veo en un portarretratos, feliz
junto a mi cuerpo.
Somos los muertos de esa vez,
los de ayer, los de mañana.

Una habitación luminosa.
Algunos cuadros.
La seda japonesa bordada a mano
que trajimos de Maebashi.

Un reloj.
Dos teléfonos sonando a la vez
y nosotros encerrados.

Afuera, alguien tiró
un pájaro en la basura.

NOCTURNO

Hija mía,
si estás atenta
podrás oír el paso
de la luna en las noches secas.

Un surco, el roce
de la escritura sobre este papel,
un crujir de maderas,
un oscuro mueble que apenas soporta
el peso de la luz.

(a Elisa)

LÍNEA DE FLOTACIÓN

Alguien se esconde
bajo la marca oscura.

Hay una blanca neblina
que puede convertir en ángeles
a todas las personas
y oxidar un barco.

El amor es justo el límite
de lo que podemos resistir.

Como el vientre
de hierro de las naves,
se corroe justo ahí,
para que tarde o temprano
te hundas.

ESPERA DE ABRIL

No se oye ningún ruido
pero les juro,
en el medio de esa tierra desolada
una bala está pasando sobre mi cabeza.

No se oye nada.

Si los ángeles tiemblan,
no se oye.
Si las paredes hablan,
no se oye.
Si la lluvia picotea un cráneo reluciente,
no se oye.

¿Estaremos muertos en este poema?

Muertos, es decir
¿libres de la muerte?

La lluvia se alzaba,
el viento retrocedía.

La lluvia se alzaba,
el viento retrocedía.

Así el agua, así el aire,
los poetas soñaban
con sus pequeñas descargas.

IGNORANCIA

A ella no la conocen.
A ella ni a sus ojos.

No la conocen ustedes
porque ella no se invade,
no se divide por dos, no la cubre
la lluvia delgada del agua
ni la beben los muertos.

La desconocida no se puede conocer.

Ella no está en los versos, no está
en los hijos ni la vieron ustedes cuando
cae del corazón, navega contra el viento,
atraviesa los soles rojos.

Su corazón era mío.
Por ahora la desconocida
no se puede conocer.

No me atropelles,
que yo era un niño.

No me aplastes,
que yo era ciego y puro,
y me gustaban los juegos simples
como bañarme en el mar o sentir
el pasto húmedo hundirse
bajo mis pies.

No me atropelles,
que yo era un niño
y la luz de mi pecho se quemó.

Creo que puedo meter un brazo
en el fantasma que me anima.
Creo que puedo retorcer
mi corazón con estas manos
y lavarte los vidrios,
besarte los ojos.

EL VIAJE

Aquella vieja tradición de ir al infierno
solo, amante de la farsa, abandonado.

Por escribir una miseria que perdura
y que no alcanza
porque no sirve para nada
un demonio tenuemente resurrecto.

Uno que escriba la palabra sangre
como una ofrenda al árbol del vino
y con eso pretenda iluminar
nuestras copas.

La luz más negra es la de la rosa.

En esta calle no cuentan
las cifras violentas de la belleza
ni aquella vieja tradición de ir al infierno.

El sueño de los muertos es demasiado real.

CONTEMPLACIÓN

De la guitarra encendida
cae y se disipa una ceniza
de canción invernal.

Como ese río que gime
y se lleva de a poco
el color de los cerros.

Podría entrar en la mirada inocente
del poblador que saluda al tren.
Podría hacer la historia del sol
con una vela.

Pero solo soy alguno
que se deja abandonar bajo las luces
que perforan la noche.

TESTIGO

¿Quién me habla de la luna
aplastada en los rieles?

¿Con qué palabra generosa,
atropellada por el viento,
lavada con la vista de los ciegos?

¿Quién, que ensaya en el campo
una triste melodía,
carga su voz en las piedras,
vuelve la mano
y rompe el paisaje?

A LA HORA DÉCIMA

Murió de pared y musgo, de cal
y de luces apagadas
como cigarros en una calle.
Tenía un amor,
amor que deambulaba
y detrás de una puerta golpeaba su corazón
igual que los caballos madrugadores
sobre el asfalto.

Sus ojos perdían el rumbo y volvían
cansados al encierro.

Murió de mármol, de arena,
porque los cielos pesan y van dejando
las cosas lentas y más tercas
en la idea que tenemos contra el tiempo.
Son pocas las piedras que dejan
pasar la luz.

Murió de amor a los ladrillos,
con ese amor que deambulaba,
y porque no sabía qué hacer
cada noche de verano
sentado en un patio,
con la luz de la luna tirada ahí
en el piso.

NADIE

En el cementerio no hay nadie.

Hay un pasado remoto,
hipotético y remoto.

Hay una sombra dura,
cerrada y dura.

Y un camino cercano al mar
que cada día se hace más oscuro.

Hay un río de ladrones,
de escapistas y ladrones.

Hay un río de cuchillos,
de sombras y cuchillos.

Y cada lugar tiene su gato negro,
blanco y negro.

En el cementerio no hay nadie.

¿Qué clase de muerte
vendrá a buscarme esta vez?

FRENTE AL MAR

Ante los ojos tuyos y ante la mirada
que junto a otras miradas
forman este mar gelatinoso donde me ahogo,
sin poder hablar, mi corazón
se endurece y cae como una manzana
hasta el fondo de la humanidad.

Ahí se queda.
Es un oído triste que nunca más te oirá.
Un fósil calcáreo.
Se irá cubriendo de arena,
desnudo, rojo, ciego.

Si algún día lo encuentran
como al soldado Rodríguez,
que todavía fuma
a cuatro mil metros de profundidad,
lo siento, no tendrá valor,
será lo mismo que hallar el mapa de un tesoro
encontrado miles de veces.

Ante los ojos tuyos, como los de un búho,
y ante los otros que forman ese mar gelatinoso,
no tendrá ningún sentido,
ninguna razón para ser descubierto.

LA ESFINGE DE LA CUADRA

Había una mujer que era una calle,
una especie de vapor en los días de verano
y cada noche como el asfalto
soltaba un poco de su calor retenido.

Había una mujer que derramaba
sombra en las esquinas, por la tarde.
Su mirada buscaba el infinito
y se perdía en la calma del río,
frente al puerto.

Contra la pared, su lengua
tenía el filo de un cuchillo
y no olvidaba cada noche
dejarnos su calor como la calle.

Había una mujer.
Nos preguntaba cosas.

MISTERIO

Una chica abre los ojos.
El río avanza y cae del cielo
una fina llovizna.

Hay un momento de confusión.

Pero la chica cierra los ojos,
el río se detiene,
la lluvia escampa.

LA ENFERMEDAD

Después de respirar, como lo hiciera Dostoyevski,
en la humedad silenciosa
de esos cuartos mal iluminados,
se ponía a caminar sin sentido
por las calles imprecisas.

Caminaba igual que la sombra de Cortázar,
con su tranco voluminoso y aletargado,
y mientras lo hacía
silbaba aquella melodía de Mendelssohn
que tanto usó la resistencia como santo y seña
entre las calles del nazismo.

Después recalaba en algún bar
y detrás de una taza humeante
metía su cabeza entre las manos,
como Kafka,
hasta que la hora lo invadía.

Entonces, iniciaba el retorno
hacia la cama con un libro
y ya no tenía ganas de levantarse
por un buen tiempo,
eso que solía hacer Proust.

Al final
terminaba como todos ellos:
abrumado por la vida sencilla.

EL PRIMER ÓXIDO

Se oxidaron los hombres del puerto
y los buques olvidados parecieran sangrar.
El agua turbia los deshace, apenas.

Se oxidó en el horizonte,
aquella línea ligeramente curva.

Oxidado está el amor, el viento,
y las puertas cerradas no se pueden abrir.

Oxidada la belleza de los cuerpos,
la sangre y las cadenas.

Se atasca el reloj pero no se detiene
el viaje corrosivo,
la herrumbre de los muertos,
la pudrición de la historia.

EL SEGUNDO ÓXIDO

Del húmedo bandoneón
brota una especie de letanía.

El húmedo teclado escribe las cartas
más lentas y ahora
las húmedas fotos bajo la lluvia
quedaron así.

Se oxidaron los broches
los botones de las camisas
y las cuerdas entorchadas de la guitarra.

Se oxidaron los anteojos.
La luz de la avenida es como la del infierno.

Se oxidaron tus ojos
de tanto mirar los barcos.

Tus labios se oxidaron y marcaron mi frente.
Se oxidó el reloj, se detuvo el tiempo.

Oxidados son los desaparecidos,
las cruces, los perros buscadores,
las bolsas de huesos.

De los cuchillos enterrados no quedó nada.
Se oxidaron los paraguas, los anzuelos,
los peces de hierro y la fuente de la plaza.

Del húmedo bandoneón
brota una especie de escritura.

El húmedo teclado toca las melodías
más lentas y ahora
las húmedas fotos bajo la lluvia
quedaron así.

EL TERCER ÓXIDO

Se oxidó un crucifijo en el fondo del mar
frete a todos los hijos de Dios.

Todavía me acuerdo del capitán Pilatos
que lo dejó morir en el aire.

Lo clavaron al cielo y cayó
por el peso de los clavos en sus pies.

Un hombre que vuela es una cruz.

Su mirada que cae al mar
y los brazos abiertos en largo viaje.

Oxidada está su muerte de tanto
pasar por el agua.

Ahora es tarde.
Hay una canción que busca,
igual que el humo, sus caminos en el aire.

Ahora es tarde, muy tarde.
Se oxidó el avión y el zumbido
del motor se metió en el silencio
como una luna roja que surca la memoria.

EL CUARTO ÓXIDO

Se oxidaron los trenes, los teléfonos,
se oxidaron las patrullas,
las sirenas de los barcos, los remaches,
las antenas, la aviación.
Se oxidó hasta la madera de las vías
y los gatos se oxidaron en los techos,
atontados de humedad.

Se oxidaron los flejes,
los tesoros hundidos, el galeón
y las butacas de los cines.
Se oxidaron la república y su escudo,
los insectos, sus faroles
(los insectos crocantes de Buenos Aires).

Con la humedad y el silencio de estos años
se oxidaron los bancos, las esquinas
y las alas de los pájaros en pleno vuelo.
Se oxidó toda esta noche, el Odeón,
la quietud de los árboles y la cerveza.

Ahora la sangre es un mineral terroso.

Ahora la belleza es de color ocre.

EL QUINTO ÓXIDO

Mis dedos corren sobre la guitarra
como corre el tren sobre la hierba floja.
Las cuerdas se oxidaron.

Una melodía muy pesada
se detiene encima de la vía,
donde pega justo el sol.

Hay un horizonte de dos líneas,
una locomotora que lo arrastra.

Tomo un riel con cada mano,
apoyo mis oídos
y una canción de metales
suena por última vez.

Es extraña la muerte.

Y pasa el tren
con su mayoría silenciosa
mirando cada uno a su costado.

Esta edición
se terminó de imprimir en los
Talleres de Corporación Industrial Gráfica,
Francisco Landino No. 44, Col. Miguel
Hidalgo, Tláhuac, CDMX.
Octubre, 2023.

N. del E.:

Un cielo para las cosas es una selección poética de los libros *Ruta Dos, Oxidario, Escritura en un ladrillo, Futura Ceniza, Compás de espera, El buscador de agua, Ave nocturna* y *Otro viaje al centro de la Tierra*, estos tres últimos inéditos. Su organización no cronológica propone que los poemas incluidos se resignifiquen para dar lugar a este nuevo libro.

UN CIELO PARA LAS COSAS

Daniel Calabrese

Prólogo de Jorge Boccanera

Poetas latinoamericanos

Laberinto

© *Un cielo para las cosas*, Daniel Calabrese
© Prólogo: *Poesía de la extrañeza*, Jorge Boccanera
© Fotografía de portada: Elisa Calabrese Finkelstein
Primera edición, octubre de 2023

© Laberinto Ediciones
Av. Benito Juárez Mz. 1 Lt. 2
Col. Consejo Agrarista Mexicano
C.P. 09760, CDMX.
laberintoediciones@yahoo.com.mx

ISBN: 978-607-59746-7-5

Queda prohibida la reproducción parcial o total del contenido de la presente obra sin contar previamente con la autorización expresa y por escrito del titular, en términos de la Ley Federal del Derecho de Autor.

Impreso en México

Contenido

Poesía de la extrañeza, por Jorge Boccanera IX

I. Una piedra colgando de las nubes

Allá en lo alto 15
Prodigio 18
Acostarse en la tierra y volver a sentarse 20
El ahogado 21
Método para calcular el tiempo 22
Vaivén de los ojos convertidos en ojos 23
La tierra y el mar en la orilla del tiempo 24
Cerca del puerto 26
Los sonidos inaudibles 27
Una carrera con Platón 28
El tanque australiano 29
Las diferencias entre mi padre y Kerouac 31
Calle uno, fiat lux 32
El umbral donde el idiota se reía 33
El exactor 34
Calle sin salida 35
La caída 36
Ceda el paso 37
Posición 38
Cortafuego 39
Río de cuchillos 43
Se avecinan horas de mucho trabajo 46
La tierra jura que es tierra 47
Los olores del pueblo 48
La construcción del puente 49
La enumeración 50

II. Ese monstruoso amor

Allá a lo lejos 55
El regresador 57
Intocable 58

Bocas 59
Singladuras 60
Apogeo 62
El rastro 63
Comparaciones 64
Profundo y espurio 65
El primer déjà vu 66
Obra 67
Tampoco hay que tener prisa 68
Orden cerrado 69
Técnica del autorretrato 70
Peces del aire/ pura sed 71
Distanciamiento 72
Teatro Infantil 75
El punto fijo 76
Conocimiento 77
Mi madre metió un pie en el barro 78
Perdón 80
Tubos de gas 81
El relojero 83
La memoria sola 84
La memoria compartida 85
Cosas del mundo 87
Medianera 88
La carrera 89
El lingote de hierro 91
Contarle la foto a un ciego 93
Embalse 94
Los demolidos 95

III. Por este exacto lugar

Primera 99
Segunda 100
Tercera 101
Cuesta abajo 102
Anticipación y recuerdo 103
Chatarra 105
La detención 107
Pájaro Pequeño 109
El hemorragista 110

Armazones de cristal 111
Escritura en un ladrillo 112
Tierra menguante 114
El blanco 116
Mutación 117
Un metro de nieve 118
El humedal 120
Otro déjà vu 121
Nocturno 122
Línea de flotación 123
Espera de abril 124
El reverso de la tempestad 125
Ignorancia 126
Unas horas de piedad 127
El viaje 128
Contemplación 129
Testigo 130
A la hora décima 131
Nadie 132
Frente al mar 133
La esfinge de la cuadra 134
Misterio 135
La enfermedad 136
El primer óxido 137
El segundo óxido 138
El tercer óxido 140
El cuarto óxido 141
El quinto óxido 142

Poesía de la extrañeza

por Jorge Boccanera

Con una perplejidad contenida y algunas esquirlas del desasosiego, Calabrese arma una *mise-en-scène* poética inquietante, sobre un acontecer que se debate en el sinsentido. De modo que lo perturbador asoma de manera natural, metido en los intersticios de lo cotidiano, en una especie de descampado al borde de una ruta vista a veces como esperanza y siempre como el cauce de un río torrentoso que arrastra sueños, una madre con sus ojos ya enterrados, una botella con un mensaje vacío, bicicletas, caballos o el frío de unas islas en el sur.

Y es precisamente el hecho de naturalizar los elementos disonantes mediante una trama dialogada, con una holgura de imágenes visuales, lo que dota a la poesía de Calabrese de las marcas que identifican sus búsquedas, aquellas que ubican su mirada y su forma de cavilar: una metafísica activada por lo dilemático, la lucha de contrarios expresada desde el oxímoron con que titula uno de sus primeros libros, *Futura ceniza*, y que se prolonga en versos como los que siguen: «mi enfermedad es la ilusión», o también: «vuela como volaría un árbol/ arrancado por las tormentas/ que lavan y deslavan el aire».

Al entramado de una reflexión que oscila entre la indagación poética y el pensamiento filosófico, se impone la búsqueda de sí mismo con interrogantes que cavan en el ser como criatura elemental, primigenio y moderno a la vez, que se debate en un hueco de la noche barrida por un «viento metálico» y persigue su destino en la cartografía de la luz, el agua y las piedras como símbolos recurrentes de esta obra.

Poemas tan logrados como «Método para calcular el tiempo», «Los demolidos», «El lingote de hierro», «Los olores del pueblo» caminan sobre huellas con forma de signos de interrogación. Esa grafía estampada en un lienzo de niebla inquiere: ¿qué buscan estos habitantes a un costado de la ruta, que dejan caer una piedra en el vacío del ser? ¿Qué persiguen quienes viven en la margen opuesta y sacan una piedra del vacío del ser? ¿Por dónde pasa la destrucción en este momento? ¿Por qué un lingote de hierro aumenta su peso cada día? ¿A qué huele Dios?

De esa extrañeza está hecha la poesía de Daniel Calabrese y de ahí su originalidad, que descansa sobre una robusta base metafórica, una secuencia de conceptos y una escenografía onírica para configurar esta expresión que se desliza sin esfuerzo a otros lenguajes, dado el manejo de amplias franjas visuales con las que Calabrese compone una verdadera *road movie*, en tanto arma el decorado con utilería austera –vuelvo a su simbología de polvo, luces, agua– para acompañar la cinta del camino que siempre nos conduce a un destino inesperado.

En sus textos-guiones (el gran Blaise Cendrars, subido a lomos del *Transiberiano*, acuñó el lema de «poemas elásticos») nos hace serpentear por una carretera que a ratos cambia de apariencia y es una cinta líquida o un lecho seco y mudo, una ruta furiosa, un puente envejecido desde niño, un relámpago, una trocha de ferrocarril o ese asfalto cenagoso, de paso demorado, que remolca partes de un cosmos roído, derruido. La carretera, una vez más, como elemento que se resignifica de poema en poema y nos devuelve un espejo con nuestras propias imágenes convertidas en chatarra. Y en la misma ruta plana, una y otra vez Sísifo empujando la sombra de una piedra, como si ascendiera hacia la cúspide de la sinrazón para existir.

El tiempo, visto como lo carcomido, es otro de los ejes de *Un cielo para las cosas* y cobra peso especialmente en algunos versos que nos llevan de la mano a una realidad sumergida, reino del moho, donde el agua se filtra hasta en los sueños y un cementerio de máquinas muertas habita ese transcurrir que cae como un ácido: el goteo minucioso de lo inexorable.

Un cielo para las cosas apela, en términos de representación, más a una pluralidad de significados que a una correspondencia rígida. Así, el río, lejos del agua lustral y purificadora, forma en su cauce distintas figuras de barro. Calabrese plantea en una poética de lo alterno ese otro camino errátil que es remolino, torrente, vértigo, en un tiempo y un espacio inciertos. El viaje nunca es en línea recta. Una suma de bifurcaciones que nos desnudan y trasladan, más que a las enormes pirámides de lo absoluto –el infinito, la eternidad, la simbología de lo cósmico, el peso de los siglos, etc.– a una «tierra baldía», dividida por una pista-hendidura que conduce a direcciones azarosas: a veces al bosque bullicioso, a veces al cementerio.

Aunque su obra –según lo ha dicho el propio autor– abreva en la oralidad acotada de la poesía norteamericana contemporánea, el cine de ciencia ficción, la metafísica de Héctor Viel Temperley, la enumeración caótica de Walt Whitman, también en guiones de historieta, secuencias visuales al uso huidobriano, letras de tango y hasta enseñanzas de *El libro tibetano de los muertos*, de igual forma está sustentada por una usina propia de ideas e imágenes. Escribe el autor: «Nos quedamos pensando/ en lo que fuimos, en lo que seremos,/ cuando los números y la luz/ se equilibren delicadamente», «Yo no sabía qué clase de amor era el odio», «La razón es una piedra/ colgando de las nubes», «Esas montañas se mueven, amigo,/ y la gente presiente que moverse/ es una tradición del agua».

Un silencioso apocalipsis que fluye por un cauce pedregoso y una esperanza robada en un amasijo de fierros retorcidos son los núcleos de este libro notable.

Si la poesía es un maridaje entre el enigma y la realidad, la de Daniel Calabrese destaca sobremanera en el mapa poético de las últimas décadas, martillando ahí, donde la piedra tropieza dos veces con la misma vida.

I
UNA PIEDRA COLGANDO DE LAS NUBES

ALLÁ EN LO ALTO

Miren hacia arriba.
La razón es una cuerda inútil
que nos ciñe la respiración.
La razón es una piedra colgando de las nubes.

Pasa un cóndor con su vuelo
lento y desgarbado.
Debe ser un viejo.
Le quedarán algunos círculos
antes de morir secretamente.
Arrastra una sombra pesada
por el fondo del valle
cientos de metros más abajo
y todavía hace temblar a muchas criaturas.
Nos observa desde lo alto:
somos un rebaño violento.

Ninguna Tebas que salvar.
No hay ahora en esta tierra una sola
muralla digna para dar la vida.
Y el cóndor, me pregunto
cómo un comedor de carroña
puede llegar tan alto.
Una voz antigua me responde
como si viniera de un canto del *Inferno*:
tal vez no imaginaste un diablo pensador.

Hace tiempo que no veo sangre,
siglos que no mato una mosca.
Debería volver a la sed,
a los golpes imperfectos del hacha.

Pero no me agrada la especie:
nuestro rebaño ilustrado.

Que vean los oxidados
todas aquellas cosas que hay que ver,
lo que aprendimos en los barcos,
lo que pensamos con el rostro metido
en la niebla de esta sopa.
Aprendí a ensamblar un mortero de combate,
lo recuerdo muy bien: placa base,
bípode y cañón,
en menos de un minuto queda listo
para escupir al cielo.
Aprendí que el enemigo
no debería respirar dos veces.

Nadé al sol, pensé en ella.
Me hundí y me dejé llevar
por las amapolas del agua.

Debería volver a la sed.
Llevo un sonido secreto y no puedo evitar
que retumbe en mi cabeza:
es el perro tomando agua.
Ando al sol, oigo al perro de la casa.
Sueño debajo de la vieja noche
con el ruido del agua lamida por el perro.
El chapoteo se interrumpe con el paso de un tren
y luego continúa:
slap, slap,
el perro, la sed,
un reloj aplaudiendo en el silencio.

Te vi llegar, eras tan turbia.
Te vi llegar.

Ahora pasa la sombra del cóndor,
el peso de la razón que todavía lo mantiene
atado a este mundo.

Silencio, bebedor.
Silencio.

PRODIGIO

El trabajo de este día consiste
en llevar una piedra de aquí para allá.
Es una roca muy pesada,
más que un buey,
más que una bolsa cargada de lluvia.
Es un agujero prehistórico,
un espejo negro
a punto de tragarse el mundo.

El trabajo de este día consiste
en alzar esa piedra y depositarla
suavemente en el medio del camino
para que se detengan los ciclistas,
se detenga la música de fondo,
se detenga la Ruta Dos
a la hora señalada por las arterias rojas.

Y cuando todo esté detenido,
entorpecido por la piedra,
detenidas las generaciones ilustradas y piadosas,
detenido el amor entre las cosas naturales
y las cosas manifiestas,
el trabajo, entonces,
consistirá en sacarla de ese lugar,
levantar la piedra nuevamente,
con los ojos cansados,
y enterrarla por ahí, en la nada,
en ese lago de cerrada indiferencia
donde cruje la cama, alumbra el televisor,

brillan los motores,
cae el vino adentro de la luz,
se pudren la memoria y las conversaciones tristes,
y se hunden, con la piedra,
en la más completa extinción.

ACOSTARSE EN LA TIERRA Y VOLVER A SENTARSE

Está bien lo que hiciste ayer.
Está bien lo que hiciste hoy,
aunque juntos los pedazos
parecen de vidas contrarias.

Los dos sabemos que el mundo
es un espejo que no hay que romper.

Un cardumen avanza como los panes
que se multiplican en la tierra
y flotan sobre el agua.
Es el amarillo negro de las muertes vivas.

A esa bolsa cada vez más pesada
que arrastramos, le decimos tiempo
y nos confirma que sí,
que todo está bien.

El pedazo de cielo en que te viste
reflejada a la orilla del pantano
se incrustó en mi pecho como un vidrio
astillado y me lastima.

Muchos andamos sobre el agua sin esfuerzo
cuando cerramos los ojos.

Pocos se animan a remover
un vidrio incrustado en el pecho.

Nadie ha dedicado tanto trabajo
a desarmar una tristeza.

EL AHOGADO

Deseo aclarar que no fue en un río
sino en la misma tierra donde me ahogué.

El único río que llevo en la memoria
es un estremecimiento
donde las pequeñas cosas se hunden
aunque nunca llegan a desaparecer.

A veces,
se hunden antes de que pase el río.

Y su pedido de auxilio
siempre
llega tarde.

MÉTODO PARA CALCULAR EL TIEMPO

Los que viven a este lado de la ruta
saben de compensaciones:
cada vez que alguien pasa rumbo al Sur
anotan la hora exacta
y dejan caer una piedra en el vacío del ser.

Quienes viven del otro lado
conocen la polaridad:
cada vez que alguien pasa en sentido contrario,
de regreso,
anotan lo mismo
pero sacan una piedra del vacío del ser.

Así unos llenan su vacío
y otros lo despejan.

Cada cierto tiempo,
los que han llenado su vacío
cruzan por el puente viejo (que era nuevo)
y esperan con paciencia
a que pasen los regresadores del Sur,
uno tras otro,
hasta que el vacío es total.

VAIVÉN DE LOS OJOS CONVERTIDOS EN OJOS

Pronto nacerás y este mundo desordenado
y vacío empezará de nuevo, como antes.

Se abren dos labios en tus labios
y dos ojos en tus ojos,
detrás del sol.

Los ríos secos siguen trayendo el agua.
Nadie se explica cómo los árboles
cortados y quemados
todavía le dan frutas y semillas
a esos pájaros que ya se extinguieron.

Alguna vez fui parte de una especie
que nada, vuela y camina.
Ya no.
Sé que voy a morir y después
no te encontraré
por culpa de esta maldita ceguera.

La ilusión del tiempo se desvanece
en este mar de verbos que llaman vida,
libros, fechas que pasan,
cosas para ver.

Y todo, todo lo que hemos visto,
se puede lavar con el mar.

LA TIERRA Y EL MAR EN LA ORILLA DEL TIEMPO

La tierra es verde, la tierra es vieja,
entera, roja, limita con el aire, es negra
y se golpea todos los días contra el mar.
La tierra vuela un vuelo redondo y ciego.

Con la velocidad de la vida,
por esta tierra pasan la vejez, la muerte
y otras formas del tiempo.

Si acaso lo nuestro es pasar, pasar
es un fluido parecido a la luz y al agua,
que no dejan sitio sin ocupar.
Pasan las sombras hacia el Este.
Pasan los átomos incontables, con esas
alianzas tan caprichosas que forman
cualquier cosa que uno se pueda imaginar.

También la música necesita la ilusión
del tiempo para suceder.

Todo va a dar al mar redondo,
cruel y hermoso, blanco y sucio,
que nos entrega a los inocentes
cuando muerden el anzuelo.

Pero estamos aquí, en la tierra,
donde brotan piedras y puñales,
donde las armas no paran de estallar.
A ver, congelemos esta escena ahora:
quedarán miles de balas en el aire,

miles de vidas sin terminar
en un limbo de aguas cristalinas
donde podemos ver por debajo,
a través de una lente que refracta
y distorsiona,
las grandes tormentas sumergidas
que nunca dejan ver el fondo abisal.

Y siempre en esta orilla,
que parece una cicatriz,
pensamos en dos posibilidades tremendas:
ahogarnos o volver a la tierra.

CERCA DEL PUERTO

Pasan los camiones.
Se llega a mezclar el humo del gasoil quemado
con la llovizna fresca de la costa.

No hay poemas perfectos
como el sol, como la sombra.

Y menos que hablen de lugares
cercanos a este puerto donde hace frío,
donde se apilan contenedores blindados
para la gente inestable y para las ratas.

Pasan las dos mitades de un perro.
La primera lleva una cabeza normal, asustada,
la otra se disipa entre la niebla y la sarna.
En la estación lo bañaron con parafina,
seguro que fue el tuerto que limpia los vidrios,
quizás le regaló un pedazo de pan
y le ordenó: ¡basta de morderte!

Que no se turbe el sueño de Pound.
Si los clásicos ya tuvieron épocas
de mayor circulación en América,
al menos aquí, cerca del puerto,
entre la maquinaria envenenada
por la mierda de las gaviotas
(donde pasan las mitades de un perro
esquivando esos camiones de carga),
ya nadie hace las cosas perfectas
como el sol, como la sombra.

LOS SONIDOS INAUDIBLES

Dejamos andar el micrófono
toda la noche en un bosque desolado.

Al otro día hicimos correr la grabación
pero no se oyó más que un soplido.
Era como el viento metálico
de un planeta estéril.

La hicimos correr más rápido.
Aparecieron entonces los ruidos bajos
como si una conversación entre dos árboles
se expandiera desde el campo
hacia la Ruta Dos.

La hicimos correr más rápido aún
y los sonidos crecieron
como la conversación de dos árboles que crecen
y que si uno escucha bien,
con la cabeza apoyada en la madera,
en algún momento parecen crujir
palabras como «espejo», «espejismo»,
y muy lentamente palabras como
«cruces», «crucetas»,
«humilladero».

UNA CARRERA CON PLATÓN

Antes de hablar alzaba una mano
para sujetarse el pecho,
a riesgo de hacerlo en un estilo trágico,
y de siete pitadas agotaba un cigarrillo.

Esa tarde encendió el motor
de su viejo automóvil
y se acostó en el pasto a escucharlo
una y otra vez.

Un alambre coincidía con el horizonte
donde se posaban unos pájaros enormes
y el hilo de la tierra se encorvaba.
Cuando alzaban vuelo, de repente,
el alambre subía y bajaba, entre el cielo y el suelo,
en eso que llaman la marcha dialéctica.
Y nadie era capaz de seguirlo.
Siete pitadas feroces: otro cigarrillo.

El motor hablaba espesamente del silencio,
como si lo más oscuro del ser
encendiera con una llave de contacto.

Un viejo automóvil
detenido en el mejor momento de su vida.

EL TANQUE AUSTRALIANO

El viento golpeó toda la tarde
en las paletas del molino que arrancaba
el agua turbia de las napas.

Se fue llenando así un estanque de latas curvas,
hasta que casi desbordó
y, con mi padre, nos quedamos
hechos unos estúpidos mirando el agua revuelta
como si viéramos el mar.

Al girar la bóveda, comenzó a llegar la noche.
Ya no se extrajo el agua, se apagó el viento.
Algunos puntos de luz brotaron
en su espejo negro.
Se oyeron los grillos del verano,
un ladrido agónico a lo lejos.

Ésa es «La Cruz del Sur», me dijo y señaló
despacio, como si temiera espantarla
con su brazo suspendido sobre el agua.
Y aquella formación: «El Puñal de la Mazorca».
Los ladridos se multiplicaron.

Yo pensaba en el rostro de mi madre.
Pensaba en sus ojos ya enterrados.

Me despedí de todo y entré.
Estaba muy fría el agua
y poco a poco fue embebiendo mi ropa
hasta que dejé de flotar.
No sé cuántos días transcurrieron mientras
me hundía en el silencio.

Recordé que en el «Paraíso» del Dante
no se describen sonidos,
pero eso qué podía importar.

Era un mundo sin horizonte:
por más que buscaba alrededor,
el horizonte no aparecía.

Se desvanecieron, finalmente,
la luz y el tiempo.

Hasta que las aspas del molino
giraron de nuevo.
Cada succión del agua de la tierra
traía, como un golpe de remo, los recuerdos,
uno tras otro:
la bicicleta, el camino de tierra,
la puerta quejumbrosa de la casa
las veredas del pueblo desbordadas por la grama.
El motor de algún camión sobre la Ruta Dos
ahogaba unos minutos el coro de las ranas.

Todo era redondo: el horizonte
no aparecía.

Y tuve que emerger después de muchos años.

Las cosas siguen igual pero nadie me reconoce.

Ahora voy por el parque, junto al cementerio,
a visitar sus ojos ya enterrados.

Es muy grato caminar al sol
después de estar metido en el agua tanto tiempo.

LAS DIFERENCIAS ENTRE MI PADRE Y KEROUAC

Mi padre nació un año después,
muy lejos, casi a la orilla de esta ruta.

Kerouac no tuvo, a su vez, un padre
nacido en altamar, como mi abuelo.

Y para qué iba a escribir poesía, mi padre.
En cambio Kerouac, entre católico y budista,
excedía todas las fronteras.

Papá tenía una bicicleta roja:
eso es viajar.

Uf, ambos detestaron el comunismo.
Creo que si un cruce misterioso
los hubiese reunido en la mesa de algún bar
se habrían reído mucho.

Pero mi padre, que era peronista, se emborrachó
una sola vez en toda su vida.

CALLE UNO, FIAT LUX

Callejón Fontana.
Arriba dice «tus sueños»
(debajo de «frágil»).
Una mujer pequeña está mirando
las hojas caídas de un sauce,
arremolinadas,
que bailan para ella.

Tanto trabaja el amor que algunas veces
da en el blanco, piensa.
Lleva un atado de claveles,
apenas se mueve, la vida la roza.

Otros murieron, ella no.
Todavía no.

Algunos agitan la vida como si pasara un tren.
Para esos fue necesaria más muerte
que la de costumbre.

Para otros, en cambio,
basta con una muerte fina, tenue,
apenas más intensa que el olvido.

Más arriba dice fiat lux.
La mujer pequeña mira su mano izquierda,
controla el reloj del panteón de la entrada
deja el ramo, baja la vista,
y se aleja mirándose los pies.

EL UMBRAL DONDE EL IDIOTA SE REÍA

En la esquina del café Vox,
que cerró y violentamente abrió con otro nombre,
está el idiota sentado, mirando la vereda.

Tiene un clavo entre las manos,
que usa como aguja de bordar en sus pantalones.

Mete el clavo en la tela
y lo retira
y lo mete en la tela azul
y lo retira
y lo mete con saña entre fibras que se van rompiendo
y lo retira
y lo vuelve a meter
y lo retira.

Levanta sus ojos vacíos,
mete ese clavo que tiene un poco de óxido
en la cabeza
y lo retira.

La palabra «momento» se escapa de un televisor
y cruza la vereda sobre la cara del idiota
que retira el clavo del pantalón deshilachado.

Lo mete y se ríe.
Se ríe y lo retira.

EL EXACTOR

Alguien caminó sobre mi tumba.

Detrás de la puerta, yo tenía un abismo
del que se sube por una cuerda interminable.

¿Podría ser esta casa un lugar
para los descarnados?

¿Podría ser esta casa un lugar
para los abastecedores de lujos?

Son las preguntas del recaudador,
el cobrador de tributos
que me sigue por el hilo del tiempo.

Ésta es la idea,
una idea con números, nada más,
y dura sólo un momento.

Pero se repite y se repite
hasta el cansancio.

CALLE SIN SALIDA

Mi enfermedad es la ilusión,
y qué remedio.

Comer poco y con frecuencia,
lo dice la escuela de Salerno.
Tener los cuatro costados,
cada uno en su lugar, como en la gran orden
de la barriga del Ubú.
Mis amigos se conforman con esto
y bajo el ruido de metal de la ciudad
soportan quedamente la sana destrucción.

Caminar por el mundo abriendo los ojos,
del recuerdo al olvido, del olvido
a la memoria adulterada,
entrar por una puerta, salir por la otra,
y que nadie más pueda pasar.

No alcanzo a cerrar los párpados.
Apenas lo hago aparece tan claro
desde el fondo de las cosas,
aquel tiempo destinado a mirar hacia adelante,
donde me encuentro con mis ojos
frente a frente,
como en un espejo.

Mi enfermedad es la ilusión,
y qué remedio,
entrar por una puerta, salir por la otra,
y que nadie más pueda pasar.

LA CAÍDA

Un hombre se derrumba.
Parece que busca rutas olvidadas, playas,
una siembra, en aquellas regiones perdidas
donde ya no gira más el sol.

Es imposible que yo mismo sea
el hombre que cae por la ventana.

Menos mal que se desplomó
desde su propia mirada
y que una roldana lo desliza
como si sujetara un piano,
mientras la tierra lo baja y lo baja
tensando la cuerda podrida
en un lento teatro de suspenso.

Menos mal que se deshoja
y revela su peso inusitado,
como un Cristo de Grünewald.

Imposible que yo sea el que salta del mundo
y flota unos instantes sobre su propia risa.

El que vuela como volaría un árbol
arrancado por las tormentas
que lavan y deslavan el aire.

Es imposible que yo sea alguna vez
el hombre que cae por esa ventana,
tan extraño, tan nítido.

CEDA EL PASO

Hay que tener cuidado con las señales.
Este es un pueblo chico y siempre
ocurren algunas historias sencillas.

No falta el que bebe, como cree
que bebería Dylan Thomas si viviera,
y luego llega a su casa a medianoche
con los zapatos raspados, apuntando
una llave temblorosa con la mano.

Va dejando así una marca de luz
que permanece hasta que la borran
los faros de un automóvil
o simplemente se diluye en la humedad.

No falta el que bebe y después dice
que leyó completo En busca del tiempo perdido,
sí, completo, las siete novelas,
y que lloró al amanecer
frente a un mapa de Londres.

Tengan cuidado,
en la ruta de la entrada
suele cruzarse a veces un caballo,
algún rencor,
un árbol perdido.

Esto no es más que un pueblo chico,
aburrido y violento.

POSICIÓN

Soy el mozo que me atiende,
el tipo que me cuida el auto,
la vieja que lava mi ropa.
Y todos los días, un poco,
aquellos ojos que me miran desde lejos.

Soy el jefe victorioso,
ese que ordena mi vida y sus necesidades,
pero soy también un perro modesto
que merodea por la plaza
y a veces el carcelero que tiene el aura
muy chica, pegada a su cabeza.

En general, soy todos ellos
cuando tengo los ojos cerrados.

CORTAFUEGO

Ella regresa de sus vuelos por el bosque.
La luz del sol se levanta y borra
los caminos ya trazados por el hacha.

Todo es calma.
Nos rascamos la espalda en el alambrado
como los caballos,
hablamos de la vida no densa,
de los fatigados por el tiempo,
hablamos de los pájaros que se comían las migas
y de la tristeza urbana.

El hacha desea cortarme los brazos,
tiene la hoja sucia, el mango astillado,
la dejamos tirada a un costado, entre las piedras
y nos preguntamos quiénes somos.

Después de tantos siglos preguntando, ella y yo,
nos hemos convertido en buscadores.
Suena bien: buscadores de profesión,
estamos conformes con eso.

Pero cualquiera busca.
La perra busca, el aseador municipal busca,
el motociclista busca, el envenenado busca,
el bibliotecario, el zahorí.

Dejamos tirada una bolsa de herramientas,
una tijera de podar y los guantes.

Encontradores, tal vez, podría ser,
aunque no todos encuentran.

La perra encuentra, el aseador municipal encuentra,
el motociclista encuentra, el envenenado encuentra,
el bibliotecario, a veces el zahorí.

Y salimos a encontrar
una palabra imposible de hallar con esta búsqueda.

La perra destiñéndose con el humo,
parada ahí: perra negra, sedienta,
con la lengua afuera y rosada.

La vemos hasta que ya no la vemos,
porque hemos resuelto seguir por el sendero
y ella no se atreve.
Tiene miedo a perder su puesto en el mundo,
prefiere la vida exacta frente a una casa de cemento,
adentro de una esfera cerrada de sombras y olores,
porque más allá de esos bordes
comienza el abandono.
Ya no la vemos, pero se la oye aplaudir
en una poza de agua con su lengua
como con una pala de plástico.
Slap slap slap.

Seguimos viajando en esos caminos
que sólo se pueden recorrer bajo sospecha.
Rozamos las espinas, las telas de araña,
las piedras calientes, las babas del diablo.
Y aunque tenemos ganas de dormir
porque el sol agujerea nuestras cabezas
y se nos escapan los sueños,
seguimos adelante.

Todo lo que sucede
sucede entre nosotros,
como el calor, como los sonidos.

Se oye la raíz de los pinos taladrando la tierra.
Se oyen las sombras duras de los cuerpos
cuando pasan por los alambres y se cortan.
Se oye la perra, todavía,
como si tomara sopa a lo lejos.
Se oye la ruta que zumba en el fondo del olvido
y parece una abeja perdida.

Entonces vemos la tormenta de humo
que viene hacia nosotros
y empezamos a cruzar el fuego.
El cielo es un lago negro con un ojo de sangre,
los árboles se encienden.
La veo a ella, que está ahora en varios
lugares a la vez,
mientras me quemo como un diario.
Ella, que es tan fría,
abre sus brazos y me apaga.

Hay otros sonidos.
El rotor de un helicóptero que abre
la cremallera del aire.
El sonido de la lluvia acribillando el bosque.
El chistido del viento sobre las hojas en llamas.

Y hablamos nuevamente de la vida sutil,
de los matados por el tiempo,
hablamos de los pájaros que se comían la tristeza.

Buscamos la palabra exacta.
La encontramos, la perdemos,

la volvemos a encontrar caída entre la zarza,
ahí donde cayó el hacha cortadora.

Metemos las manos en un espejismo
y ya casi la decimos,
pero se imponen los sonidos cercanos de la ruta
donde pasan otros buscadores
y todo lo que sucede
sucede entre nosotros.

RÍO DE CUCHILLOS

Te voy a contar un secreto, amigo mío:
hace muchos años, en los años del óxido,
me enseñaron a odiar tus países.
O me pareció.

Yo no sabía qué clase de amor era el odio.

La herrumbre del puerto cegaba tus ojos,
ahí donde se enredan los ríos chilenos
con los barcos sudamericanos.

Los milicos argentinos traían
cuchillos muertos, de esos que nadan
en el plasma oscuro de las arterias
como peces desafilados.

El que no corre es un río,
pensé que decían en esas llanuras tediosas.
O me pareció.
Y me molían a patadas por culpa de tus países.
Sentí asco, te digo, alguna especie de asco.

Vos escribías como los ríos
que bajan de la cordillera a los saltos
y se llevan de a poco el color de los cerros.

Los milicos chilenos venían
con sobredosis de una tierra confusa
porque esas montañas se mueven, amigo,

y la gente presiente que moverse
es una tradición del agua.

Entonces los ríos, el idioma
de la tierra cuando le habla al mar,
empezaron a correr por nuestras venas.
Eran ríos circulares y rojos
como las fronteras de dos países
que giran y se friccionan,
heridas con la forma de Chile,
manchas de humedad que parecen islas
en un mapa argentino.

Corrían y corrían los sedimentos
de aquella memoria que arde
y nos quema la piel
cuando adoptamos la forma de los poderosos.

Solamente esos ríos pueden correr
sin que los persiga una milicia de sombras
y muchos animales creen que son demonios,
ellos también tienen la costumbre
de pisarte los talones.

Te digo que nadie nos quería
y el desamor, amigo,
hace desaguar a los ríos en cualquier parte.

Ojalá nos persiguieran sombras o animales
antes que esos demonios.

En los torrentes de sangre,
nadie se atreve a nadar
por miedo a la mordedura de un pez oxidado
o a que te rocen esos cuchillos,
pero no falta el que cierra los ojos y se mete,

y los demás repiten, repiten.
Hasta puede resultarles dulce,
fácil de flotar, gelatinoso,
tibio como los perros amarillos de la calle
que siempre miran hacia atrás
a ver si los persigue un país de milicos
o dos.

Vamos, que si te odian los odiados
no es amor, es matemática.
Y rezamos para que no se repita.

Los milicos me enseñaron a odiar tus países.
Por suerte no aprendí.
Aunque me persiguieron, no aprendí.

Y eso que muy pocas veces tuve suerte rezando.

(a Raúl Zurita)

SE AVECINAN HORAS DE MUCHO TRABAJO

Me miraste sólo una vez.

Yo trabajaba en el bosque,
un bosque pequeño
donde hacía milagros con el hacha.

Puedo decir que los conocía a todos.
A todos los árboles.
A cada uno de los que oscilan
en la vida silenciosa.

Ahora salgo en tu mirada
cuando se enciende como los vidrios ardidos.
Salgo en tu mirada y me azoto
contra las ramas y los troncos
del mundo que ves.

Ellos me podrían hacer polvo,
pero se quedan callados.

Venía de enterrar al hombre, pero despertó
para despojarme otra vez de todo.

Nadie lo encontró porque nadie lo buscaba.

Muchas personas pasaron a su lado,
ahí donde está el pasto y la tierra movida.
Arrastraban las bolsas, hablaban por teléfono
y apretaban sus carteras con dinero contra el cuerpo.

El hombre despertó un día de la pudrición:
habló despacio, medio golpeado,
y se fue a vivir a un rincón del pecho
donde lo dejé volver y quedarse,
algo complacido, algo mortificado.

Somos inmortales pero en lo más mínimo.

LOS OLORES DEL PUEBLO

El olor del perro mojado por la lluvia.
El olor a sopa en la casa del herrero.
El olor y el peso de la ropa húmeda.
El olor a pasto recién cortado.
El olor a kerosén del Bram Metal.

El olor de la grasa en los fierros del tren.
El olor a jazmín de esas noches calientes.
El olor del cielo, que cae.
El olor a encierro que sale de mi pieza oscura.

El olor del auto nuevo.
El olor de la marcha indecisa por la ruta.
El olor de la escala moral.
El olor a té de tilo.

El olor del agotamiento espiritual.
El olor de la botellita de cognac.

El olor a basura en el sifón del lavaplatos.

El olor a Dios,
cuando se empieza a descomponer y no para.

El olor del vacío.

Hicimos un viejo puente, que era nuevo.

Lo hicimos con dos brazos, una voz de cortesía
y el cerebro nipón que todos tenemos
en algún lugar del cráneo.

Lo hicimos con celulosa helicoidal,
con un haz de tubos recortados y más
y más especialización.

Hicimos un puente viejo, que era nuevo,
y nos paramos encima.

El viento cruza, ahora, por allí,
nos da en la cara.
También corre por debajo la Ruta Dos
y atraviesa un espejo curvo
que es la matriz del mundo.

Una vez parados encima
vemos desfilar a los seres vivos.
Es fácil reconocerlos porque vienen
de los campos y de las ciudades.

Y vemos a los muertos, que también
proceden de los campos y de las ciudades,
pero no llevan prisa.

LA ENUMERACIÓN

Once amigos y un traidor.
Un río extraño:
tal vez más ancho que largo.

Miles de calles cruzándose
y buscando el infinito
(sin embargo era una sola
y regresaba al origen).

Buena sangre,
para que circule la memoria.
Mala sangre,
para que además de circular
la memoria te haga luchar por algo.

Doscientas viejas cúpulas
y hasta ahí alcanzaban mis ojos
en esos años en que no sabía
alzar la vista.

Diez horas de ceguera
y los ciegos llenos de mi piedad relojera.
Un sombrero arrugado y vacío.
Una mesa, un paño,
un hombre encarcelado por la luz,
soñando con las brasas de una palabra lejana.

Agua, aire, tierra y fuego:
el ladrillo tiene los cuatro principios
(podemos construir,
estamos aptos para la escritura).

Mucha lluvia todo el año,
así la ciudad que uno toca y oye
metido en el óxido
pueda verse cada día.

Once poetas, un traidor.
Una fosa.
Dos bolsas de huesos encontrados con las manos.
Un perro que entiende los ojos del hombre
y la tristeza del río que se trepa en la mirada.

Una mujer de hierro en cada plaza,
y que la lluvia tarde siglos
en llegarle al corazón.

Una mujer de hierro al costado de la vía.
esperando de su amor un fuego irreal,
con dos guantes de amianto.

Treinta libros viejos,
la mitad leídos, la mitad hecha pedazos.
Una rueda de hombres ocultos
tratando de encerrar el tiempo.

Once músicos, un traidor.
Cuatro estrellas y una cruz: el Sur.
La mitad redonda de una naranja.
El tratado de Piazzolla sobre estas calles,
y un cielo para las cosas: la tierra,
porque todo ahí es verdad.

El movimiento indiscutible de las piedras,
los mares y los zapatos.
Los surcos en las caras de los viejos.

Una permanencia que, hasta ahora,
no se mezcla entre la gente.

El zapatero y todos los que puedan
ver las cosas con su propia luz.

Dos cuerpos: dos y dos
el que traemos puesto
el que llevamos para el impacto,
el otro, el otro,
y cuando se junten esos cuatro
sean dos (y dos en el espejo), dos
subiendo la escalera tomados de la mano
metidos en un solo cuerpo, cuatro piernas,
dos cabezas:
ese monstruoso amor.

II
ESE MONSTRUOSO AMOR

ALLÁ A LO LEJOS

El sol me golpea y siento que pasa
la calle dura bajo mis pies,
a toda prisa.

No comprendo si soy el indeciso
que avanza y camina
o la sombra misma que va pegada al animal,
ese tractor que me arrastra como a una pesada
capa mojada por la lluvia.

Este animal en el que voy metido,
en sus ratos libres escribe poemas
y después dice: soñé.

O soy la negación de la luz
que me sigue a todas partes,
la materia blanca, roja, húmeda,
porosa y deficiente, que la acompaña.

Este animal me lleva por el mundo
haciendo lo que sabe.

Ve a otros animales
que se despedazan entre ellos.
Se acerca para comprobar si el río ya está muerto:
todavía se mueve, entonces toma
un poco de agua y se recuesta.

Esa tarde conocí a uno que tallaba letreros
en madera de ciprés.
Se lo veía cansado,
es el polvo de las obras, dijo,
que me viene comiendo los pulmones desde chico.

La tristeza puede ser interminable
para el que aprende a conocer a los demás.

Escuchando canciones italianas
recordé a mi madre a la salida del cine:
habíamos llorado, habíamos reído,
y uno piensa que momentos como ese
mueven a los ríos y detienen las guerras
para siempre.

Un día el animal siente que esa helada
bajo la que durmió cuando era un cachorro
en las estepas del Sur
ahora está llegando adentro de sus huesos.
Siente que las imágenes
empiezan a saltarse el control de su mirada.

Es hora de organizar la resistencia.
Sabe que la guerra tendrá
siempre el mismo resultado:
ganará la muerte, quién más.
La belleza está en las armas.

Y en medio de tanto manoseo,
aunque no lo parezca,
hasta desesperarse puede ser un alivio.

Este animal en el que voy metido
a veces se queda mirando
y no me doy cuenta bien qué cosa ve,
pero es algo lejano, muy lejano.

Este animal, que en sus ratos libres
escribe poemas y después dice: soñé.

(a Jorge Boccanera)

EL REGRESADOR

Aquello que terminó
está sucediendo todavía.

Aquel amor que fue, regresa.

Porque todo lo que lleva sangre o música
tarde o temprano se reanuda.

Pero cuidado.
Mi carne te conoce,
mis dedos caminaron ya cien veces
en la luz dormida de tu cuerpo.

Y no es agua la sed.

No basta clavar un puñal en el cielo
para desatar una tormenta.

INTOCABLE

Ella está en su lugar
y no hay nada que hacer.
Ni sacarla del mar, ni salir
a terminar con la dureza del sol.

Un deseo no es ley
aunque se pague la culpa
matando a unos cuantos
dioses de barro.

Yo la siento, la sentía
como al oxígeno,
como a un cuello de botella
en los puños apretados.

Vino a ocupar este sitio
y no hay nada que hacer.
Ni entregarse como un bruto
a los trabajos de la mañana,
ni perder el tiempo armando cartas
o bendiciones públicas.

Ella está en su lugar.
Lo demás
es materia de condenados.

BOCAS

Él tiene la boca negra, ella la boca roja.

Hay un árbol que se ha muerto
desde hace ya varios años,
ahí mismo.

La boca negra como brea.

Por el camino de piedra
va un torrente, apenas.

Y a ella, roja como una boca,
la recogen con redes del mar.

Un viento duro le derrama los ojos.

Son amantes pero no se aman.

Ella monta una bicicleta de hombre.

Él tiene la boca negra, ella la boca roja.

Y siempre han sabido que las cosas
son lo que son.

Ella sabe de barcos,
a mí me ahoga el rumor de la lluvia.

Ella encuentra misterios, llaves
de bronce, palabras, silencio,
porque las húmedas ciudades son baúles
y ella sabe de barcos.

Yo siempre he buscado tesoros
atento al mensaje, al olor de madera
que traen los vientos.
No sé por qué mi cuerpo lleno
de sangre es una copa
o un timón que gira.

Ella sabe de barcos,
a mí me ahoga el rumor de la lluvia.

Pero ella pertenece al mundo movedizo.
No teme a los relojes, a los mares, a los trenes.
Si una cadena es música de hierro,
una moneda puede ser el sol
porque las húmedas ciudades se disuelven
y ella sabe de barcos.

Yo soy del cobalto y la ceniza,
un caminante que naufraga en tierra
y se hunde en la avenida lentamente.

Cuando flota la luna sobre el río
con una sola piedra he derramado
su arena blanca en toda el agua.

Ella sabe de barcos,
a mí me ahoga el rumor de la lluvia.

APOGEO

Fundaría Roma.
Fundaría Nínive en la Mesopotamia
que encierran sus piernas.

Ella y un eclipse
que oscurecerá su espalda
de un momento a otro.

Ella y la lejana Antares
brillando en el Pacífico.

Su dolor es un sueño antiguo
donde viven las aves que cruzaron la guerra.

Ella una promesa de rocas,
el rumor de un cielo sordo.
Bajo la luz de su lámpara
soñamos con las peores tormentas del sol.

A Ella no
Ya no la veré
Ya no la veré
con su alegría reconstituida/ Más.

EL RASTRO

Envuelto en su recuerdo
viajo de noche con la marcha
difusa de la cacería.

Ella no aguanta el olor de la pólvora
ni el ruido de los jinetes que llevan
el sudor pegado a la piel
cuando la niebla se llena de víctimas.

No soporta la carne blanca,
nudosa, que se debate
ni a los ojos del cuerpo cerrándose
en convicciones dolorosas.

Ni a un vacío lleno de leones vacíos.

Ni a su cuerda de gritar
encadenada
por el óxido circular de la moral/ No.

COMPARACIONES

Ando en círculos
como si llevara un brazo
cargado de botellas,
como si me pesara más un lado,
como un pájaro que tuviera
solamente un ala.

Vivo en círculos, como un dios errante.

Tantas vueltas que doy.

Como un círculo trazado por un brazo
cargado de botellas,
como un pájaro cuyo vuelo inseguro
dura toda la eternidad
y su peso prohibido
va del lado del corazón.

PROFUNDO Y ESPURIO

Salvo que el tiempo arregle todas las cosas,
como dicen por ahí,
en estas alfombras de mugre
donde cabalgan los mal nacidos
y el pasto crece cada vez más duro y amarillo,
salvo que el tiempo arregle las cosas,
como te digo,
por el momento soy un desacierto,
un tiro sinuoso de mi fusil torcido,
un bastardo,
apenas uno de los errores de Dios.

De los más pequeños, eso sí.

EL PRIMER DÉJÀ VU

Un caballo sobre la pampa y un árbol.

Un caballo que se mece
con la ternura de un barco.

Un caballo de miel
y dos riendas duras.

Qué. ¿No viste la muerte,
cómo cabalgaba?

Un caballo de madera
y un árbol partido vagando
por tierras inútiles.

Y recordé cómo fui:
ausente, mecido, triste, líquido.

Qué. ¿No viste la muerte,
cómo cabalgaba?

OBRA

Esta clase de estructura es muy compleja.
Nunca se construyó algo parecido
y ya sentimos la presión por terminar a tiempo.

El dios de la muerte sigue acumulando muerte.

El dios de la risa sigue acumulando risa.

Iba a ser de hierro, de tungsteno,
con los balcones caídos
como las tetas de una perra vieja
y con algunas plantas amarillas por aquí,
por allá.

Iba a ser de nada, o tal vez apenas
más concreta: de luz
con ausencia de martillazos y un soporte
que dudamos sublimar entre la música
y los suicidios con gas.

No hubo mejor amor que el de la psicodelia,
pero llegamos a destiempo,
ligeramente niños.

El dios del miedo nos vendió los seguros.

El dios del absurdo sigue acumulando gente.

TAMPOCO HAY QUE TENER PRISA

Al costado del camino
esas piedras redondas.

Al costado del camino
la mirada negra de las víboras.

Al otro costado
los alborotadores de la sangre oscura
y una vieja muerta, un pedazo de papel,
las ratas apuradas,
el solcito,
la basura viajando hacia atrás.

ORDEN CERRADO

A orillas del río Negro me dijeron
traidor a la patria.
A la patria no,
solo anduve en esos fondos de la noche
donde había luces rojas y pequeñas.
O acaso el país no llega
hasta el borde de los campamentos,
hasta esos cuerpos
que aparecen al encender un fósforo.

Cualquier cosa menos traidor.
Tenía nada más que una radio,
una linterna,
y dormí sin permiso bajo un árbol
en la zona verde del país.

Traidor a los sueños tampoco.
Y eso que soñé con las manos oxidadas
de mi madre aferrando un arma.

Le digo más, la patria estaba llena
de mujeres que ni luz en los ojos tenían,
que ni frente, ni perfil,
y había que darles unos tragos
para que no se volvieran fantasmas.
¿O no?

TÉCNICA DEL AUTORRETRATO

Fui construido cuando toda esa gente
perseguía la luna, hasta que la alcanzaron.

Me sacaron bruscamente del cielo.
No de un cielo que después
sobrevolaron las gaviotas carroñeras.
No del cielo blanco donde se pudre
la luz amarilla de esta lámpara.
No de ese bajocielo revuelto por los aviones.
Me sacaron bruscamente y nunca
pude decir quién soy.

Fui construido mientras llegaban
la contracultura y la palabra misil
a las tierras del Sur
y Marilyn se moría para no morir jamás.
Las vueltas que dio el metal en cada reja.
Las que dio la sangre encerrada en este cuerpo.

Me sacarán bruscamente de la tierra.
De la tierra sobrevolada, revuelta,
y tal vez nunca pueda decir quién soy.

Los caminos al desierto y los ríos al mar:
así vimos pasar la vida.
El resto es andar y no quedarse,
que el polvo puede ser el agua
y las estatuas se hunden.

Solíamos ir a la montaña a pescar
unas piedras grises, los peces
que daban su color al río
y se morían bajo el peso tibio del aire.

En el país del aire
pasaba y pasaba el polvo.
Nadie decía nada.
El viento estuvo muchos años
secando nuestras bocas junto
a una fuente oxidada.

Solíamos traer muchas piedras grises
pero nadie decía nada.
Sin agua en la boca, la lengua
se había muerto como un pez.

Se había muerto como un pez,
la lengua, y daba luz.

DISTANCIAMIENTO

Nunca fui de los mejores en cálculo
y vengo tropezando con las piedras
desde la dolorosa Antigüedad.
Recorro siglos, vuelvo a insistir,
tropiezo de nuevo.

Cerca de donde vivo hay una plaza
donde crecen unos cedros del Líbano.
A 80 metros se puede ver un Cristo
rodeado por la multitud.
Con la brisa llega un rumor que parece
de aplausos o de lluvia.

Hicimos una fila de generaciones
para llegar hasta él.
Se ubicaron mis padres un metro adelante.
Mis abuelos Francisco, Luisa,
Ramona y Pablo, otro paso más allá.
Después los bisabuelos Vittoria y Vincenzo,
acompañados por seis desconocidos
que guardaban la misma distancia.
Un metro más, Maddalena y Francesco
destacaban entre mis dieciséis tatarabuelos,
antes de sus treinta y dos padres.

La fila, que seguía duplicándose,
llegó a mediados del Quattrocento
y ya eran más de un millón
en tan solo 20 metros.
Eso es menos, tal vez, de lo que medía
la sala de *Cinema Paradiso*.

Menos que las bodegas de los barcos
llenos de inmigrantes italianos
que entraron al puerto de Buenos Aires,
como el que trajo a Vittoria y a Vincenzo.
Menos de lo que mide una ballena azul
vista desde la borda.

Los europeos, que buscaban otra cosa,
se habían topado recién con este cosmos
que no necesitaba nada, ni siquiera sus caballos,
y estaba cargado de árboles y los árboles
cargados de pájaros y los pájaros,
como todos los seres de aquí,
eran fuertes para andar entre sombras
tan espesas que ni la lluvia
era capaz de atravesar.

Ya lo dije, soy torpe con los números.
Perdí la cuenta.
Solo sé que un metro de distanciamiento
(o de acercamiento, según se vea)
hace llegar esa fila de padres,
y de padres de los padres,
al Año Cero en 80 metros.
Es menos que la eslora del vapor «Sirio»
cuando se hundió repleto de emigrantes en 1906.
Menos que el faro Linterna de Genova.
Menos que el alcance de las voces
en la Arena de Verona.

Es lo que mide esta plaza,
donde crecen sin dificultad unos cedros del Líbano,
que no necesitan nada.
Atestada, ahora, de personas que pasan
con la mirada llena de agua

como si vieran una ballena azul
en el mar, desde la borda.

80 generaciones nos separan de ese Cristo.
Lo rodea una multitud.
Se oye un rumor como de aplausos o de lluvia.
Perdí la cuenta.
Creo que todos son mi familia.

TEATRO INFANTIL

Un farol circular
y su cántaro de luz que cae al suelo.

Es de noche y los pájaros se han ido.
Todos creen que volverán.

Las hojas húmedas se amontonan calle abajo.
Si corriera un niño, ahora,
se notaría en las baldosas sueltas de la vereda.

Adentro, alguien está imitando el cielo:
ha cosido unas monedas de aluminio
sobre un modesto paño negro.

En la otra ventana, una luz espesa
va mezclando las sombras suavemente.

Y nadie sabe qué es lo que se ha ido
pero todos creen que volverá.

EL PUNTO FIJO

Se internaron antes que nosotros
en la vida de las palabras
buscando el origen, el fin,
la causa y el objeto.

Pero regresaron ciegos.
De modo que si hallaron la verdad
solo pudieron comunicar la duda.

Habrá más oportunidades.
El sol ha vuelto a cruzar nuestra vida hoy
y el tiempo no destruye todo
con la misma prisa.

Por eso estoy sobre la roca,
una de sus demoras prodigiosas,
esperando.

CONOCIMIENTO

Escuché el sonido de unas palabras
recortadas en la sombra.

La sangre que abandona el paraíso
toma la forma de este río que habla.

Golpeado por un sol antiguo,
en el lugar donde anoche mismo
se arrastraba una luna poderosa,
qué puedo saber yo
si apenas
soy un cuerpo de agua
secándose lentamente
sobre este lecho de piedras.

MI MADRE METIÓ UN PIE EN EL BARRO

Le pedí que me saque de ese lugar.
Estaban todos alrededor de una mesa
y festejaban de forma grotesca.
Ya saben: reírse de los débiles,
de los distraídos.

Le pedí que me lleve
y ella me tomó en sus brazos.
Envueltos con un chal,
salimos por una ventana helada
como dos fantasmas medievales.

La noche llovía sobre las cosas
y las cubría de tinta.
Fue la primera vez que escapamos juntos.
Atrás quedaban las burlas
y la lluvia negra cayendo sobre una vida gris.
A media cuadra todavía nos alcanzaban
las risotadas furiosas.

Tenía las mejillas hirviendo
como si me hubiesen tirado agua encendida.
En la casa, mi padre estaría solo
bebiendo su té y mirando la hora
cada tres minutos.

Casi me olvido de todo esto
porque el olvido es un fenómeno físico
y la memoria permanece
como las luces fugaces del cielo.

El olvido es otra sombra
y aquella fue la primera vez que huimos juntos.
Después, nada fue como antes.
Escapemos, pienso,
y aparecen enseguida las ventanas heladas
con su cuadrado de fuga
diseñado para fantasmas como nosotros,
por donde huyen la luz y el tiempo.

No se veía nada, el olvido es así,
y mi madre estaba exhausta
porque yo era casi un anciano
y pesaba mucho más que los astros.

En ese afán por escapar
metió un pie en el barro.

Es milagrosa la tristeza.

PERDÓN

Nunca antes había visto, en esta tierra,
una crucifixión.

Fue en una de esas horas de lucidez,
cuando la mente coincide con el cuerpo
en tiempo real,
aquello que muchos representaron
con una luz, con una esfera regular
sobre un rostro inocente,
o el compromiso de los astros
detrás de una silueta congelada.

El pájaro estaba inmóvil,
clavado en un poste al costado de la ruta.

Recibía una brisa que no tenía comienzo
ni tenía fin
y miraba desde atrás de sus ojos
como pidiendo disculpas.

El que venía conmigo trató de bajarlo,
acercó la mano, pero la retiró enseguida.
Parece un ave rapaz, me dijo.

Nos alejamos para seguir nuestro camino,
aunque me di vuelta como a los treinta pasos.

No vi las armas debajo de sus alas.

No me pareció un ave rapaz.

TUBOS DE GAS

Alguien entrará a la casa, alguna vez,
y al encender la luz
todo estallará en mil pedazos.

Alguien hará los mejores poemas,
pero también hará los peores.

Es impresionante ver la gente en esas plazas.
Desde aquí arriba parecen ir en todas direcciones.
Su movimiento es similar a los espermios
en un microscopio.

Hay que darle al ojo.
Meter el ojo en una tubería
es un ejercicio de belleza.
Las corrientes, ¿por qué vienen?
La frustración, ¿por qué?

Antes leíamos como animales que pastan
y eligen la hierba más tierna.
Pero después de un tiempo ya no.
Ahora engullimos el pasto seco,
la hojarasca masticada hasta el cansancio.
Y como aquellos que se van
de la casa más amada,
nos alejamos de la poesía amarga.

La llama es azul, aséptica,
como para que en ella no viva siquiera
una mísera salamandra.

Ahora que los fuegos son fríos,
esperamos al genio, vivimos en la sombra.

Meter el ojo en una tubería
es un ejercicio de belleza.
La casa va a estar sola y por ahora
se siente mucho olor a gas.

No faltará el desconocido que llegue fumando.

EL RELOJERO

No me pregunten cuándo sucedió
pero recuerdo sí que le llevamos
un reloj antiguo de cadena
marca Longben
para ver si tenía algún remedio.

Lo sopesó, abrió la tapa
y sus brazos se hincharon
como si levantara una camioneta.

Es bueno, dijo, 18 rubíes
con engranajes montados
sobre estas piedritas rojas
que son más duras que el acero.

Lo esperamos en el jardín,
donde tenía su famoso reloj de sol,
y nos quedamos pensando
en lo que fuimos, en lo que seremos,
cuando los números y la luz
se equilibren delicadamente.

Está difícil, vuelvan mañana, dijo.
Y salimos de aquel lugar
por una ruta invisible,
medidos para siempre,
listos para empezar y volver
a empezar.

Firdousí escribió la epopeya del *Zohak*.
Se la llamó *Libro de los Reyes*.

Por la *Odisea* supe del país
de los brutales cimerios
y de un sol enterrado a sus espaldas.

Yo te recuerdo, madre, todos los días.

Pero me acuerdo también
del cielo caliente de Tokio,
de las luciérnagas incontables
al costado de la Ruta Dos,
del nombre completo de Lenin,
de palabras como «odre» y «gozne» en la literatura,
y al costado de la misma ruta
los animales que morían con las patas
señalando hacia el Este.

Yo te recuerdo, madre, todos los días.

Tiene una bandera detenida
ese raro país, en el medio de la nada,
en el medio del frío.
Sus colores están secos,
el viento la estalló contra sí misma
y hay que adivinar adónde estamos.

No es bueno, dijo el que va conmigo,
caminar tanto en contra de la luz.
Pero hace rato que viajamos
en todas direcciones,
como esos peces que pintaba Paul Klee.

Los zapatos se hunden,
el aire brega por sacar del barro
estas huellas desordenadas.
Usted sabe, dijo,
la tienda de los milagros
puede estar en esta calle o en la otra,
tal vez un poco más allá,
junto al baldío donde dejan estacionarse.

Pero la luz está en todas partes, pensé,
aunque no llegue a la cámara vacía del ojo.

Ahora bien,
si la memoria no me falla
dando vuelta en esa esquina
vamos a encontrar un viejo cine,
la casa de mis padres con su biblioteca de madera
y una puerta solitaria en medio de una larga pared

que sirve para llegar
adonde ya no queda ninguna pregunta.

No hay una biblioteca de madera,
dijo, entre mis sueños
y la llave que conservo atada al fuego
no tiene acceso a los depósitos del tiempo.

De acuerdo, entonces, sigamos vagando:
no es hora de abrir
esta pobre historia que llevo en la maleta.

COSAS DEL MUNDO

Mi padre esperaba que al morir
no se perdiera lo que sus ojos
habían visto: gatos viejos,
tierra fresca en el otoño,
el verdín que nace de las campanas
después de tantos años.

El dolor de los metales retorcidos,
los reflejos de latón que daba el sol
a la mañana, duraznos,
rosas ahogadas lentamente
en la humedad de los floreros.
Algo quedaría.

Mi padre dijo que al morir
el mundo no podría detenerse
porque tantos árboles plantó a su alrededor
que era como si la tierra girara.

Y de tanto girar
los árboles del mundo parecían quietos.

MEDIANERA

Aquí siempre se va de Norte a Sur,
o simplemente se regresa.

Pero hay un tramo de la ruta
que tiene un solo costado.

En la acera derecha
deja de salir el pasto, de repente,
y las casuchas con los techos oxidados
se descontinúan.

El campo parece un mar que en la bruma
se vuelve invisible.

Un tipo arrojó una botella hacia el Este,
porque no lo podía creer.

La botella encerraba un mensaje vacío
que los pedazos de vidrio liberaron
estrellándose contra la nada.

Los accidentes, de aquel lado,
siempre quedan inconclusos.

LA CARRERA

Era la tierra.
Una simple expresión del alimento
con las cruces, los árboles,
sus pájaros migratorios,
el carbón escondido en la maleza.

Todos los años nos sentábamos
en un bote abandonado a la orilla del campo
y remábamos un rato,
todos los años,
cada día primero de noviembre.

El bote no avanzaba mucho
sobre el camino de greda.
Apenas unos metros, con esfuerzo,
y entonces nos sentíamos tan cansados,
listos para olvidarnos del amor, de las llagas,
de los perros que ladran en el pecho.

Dimos muchas vueltas alrededor del sol
en ese río de barro trajinado
contra una luz espesa.

Ahora eché raíces en el tiempo.
Ahora estoy quieto y es mejor que sigas
viajando hacia atrás
como viajan los postes, como viajan
las piedras oscuras de la orilla.

Mejor que te quedes tranquila
porque va muy lento el horizonte
y cuando por fin entiendas la carrera
estaremos listos,
fugados del terreno pegajoso,
donde sufren los ojos y se apagan las manos.

EL LINGOTE DE HIERRO

Aunque lo azote con brusquedad,
un viento
no podría moverlo.

El niño de la casa lo levanta con esfuerzo.
Sus manos se oxidan un poco.

Lo afirma con cuidado sobre las patas
del cachorro para que no se vaya.

A veces lo desliza en la vereda
y un rumor sordo, como de tormenta,
raja las siestas del verano.
Nadie conoce su procedencia, sabemos
que una vez lo usaron para aplastar fotografías.

El niño de la casa calienta el lingote al sol
y lo deja en la caja donde duerme el perro
para que no sienta frío.

Con el paso del tren, el lingote
vibra y resbala
como si respondiera a un antiguo llamado.

Lo querían enterrar y desenterrar
para entender la muerte.

Siempre tropiezan con él y lo apartan
como a un sapo.
Dicen que cada día pesa más.

Para todos la vida va empeorando,
pero el lingote permanece casi igual.

A veces desprende una gota de herrumbre
como la que vieron salir de la nariz del vecino
antes de cerrar el ataúd.

El niño de la casa lo vuelve a dejar
bajo el sol despiadado
y mide su crecimiento.

Adentro del agua
resulta más pesado todavía.

Juega a que es un barco cerrado.
No sabe si debe salvarlo
o dejar que naufrague.

CONTARLE LA FOTO A UN CIEGO

Cuadrada.
Si la aumentan demasiado
es como echarle un puñado de arena.
En el centro se ve a una mujer de labios húmedos
y un poco más atrás hay un dios.
¿Un dios?
Sí, en el último plano.
Antes aparece una colina helada,
la nieve está sucia, como la luna,
porque han pasado mujeres y hombres,
se nota en las huellas que dejaron
las ruedas y los caballos.
Un charco de orín humea todavía como un géiser
justo donde el sol va insistir
hasta hacerle un agujero.
Esa foto incluye a dos muchachos
que se ríen sin rostros.
El reflejo del blanco los desintegró.
¿Se entiende?
La escena que no ves es la muerte,
pero también la eternidad de un instante
en el que ese dios, bien al fondo,
aparece borroso.

EMBALSE

¿Vieron flotar a las hormigas en la inundación?
¿Cómo se abrazan y forman un solo pueblo?
¿Cómo se mueren las de abajo?

Hay que verlas pasar en la corriente.
y que no se topen con tus piernas en el vado.
Subirían como a un árbol encendido,
como a un fósforo, subirían.

Esto es amistad: un atardecer
con la parte baja de una esfera luminosa
ahogada en el agua.

¿Vieron flotar a esa bola de obreros
medio dormidos, un poco roncos,
mal vestidos y hacinados en un tren
que se lo lleva la corriente?

¿Vieron cómo aguantan la respiración
a las seis de la mañana?

LOS DEMOLIDOS

Aparecemos siempre desde la luz,
como los mudos que se expresan con la sombra.

Somos una combinación estrafalaria:
un poco antiguos, algo modernos,
con esta vida abandonada pero llena de brillos
y un interior de tapicerías negras.

Se oyen los ruidos propios de una demolición.
Taladros, golpes, derrumbes.
Hay humo.

Todavía nos queda una casa abierta
donde podemos dormir y ver el aire negro
raspado por las constelaciones.
Pero se oyen taladros, golpes, derrumbes.

Acostumbrados a mirar el cielo oscuro.
Acostumbrados a dormir con un ojo abierto,
estamos asomando cada día, pero cada día
el tiempo se desmorona.

Hay gente que trabaja, se oyen otros ruidos.
Hay un tipo sobre el andamio
que bordea de noche el precipicio
iluminado por algunas monedas.

Antes sonaban las guitarras y los relojes.
Pero hace tiempo que los relojes detenidos
como los pájaros muertos
se tiran a la basura.

Van a demoler la calle,
van a demoler las ventanas,
la luz que entra por las ventanas,
y después vendrán todas esas molestias.

La grúa operando en este paisaje cruel y hermoso,
como si una tragedia estuviera a punto de ocurrir.
Golpes de luz en el agua, en la piedra.
Golpes a la belleza de Dios y los perros violentos,
como en esas increíbles noches griegas.

(Se intensifican los golpes de martillo.)

Se oye un estruendo, cae un muro
y parece caer el soporte numérico del universo.
En cambio, la pequeña demolición de los cuerpos
no se oye,
la de la calle, la maldición de los suburbios,
la opinión chiquita de las viejas y los descaminados,
el día en que te golpearon, lenguaraz, no se oye,
ni los goterones de la sangre espesa,
ni la servilleta de papel con tu nombre escrito,
silenciosamente, no se oye.

Escuchen. Escuchen bien,
que si prestan atención
oirán esos gritos cada vez más débiles.

Queda sólo una taza, un vaso, dos o tres platos.
Ayer se vino abajo otra repisa con las vibraciones.

La delicada destrucción está pasando
justo ahora,
por este exacto lugar.

III
POR ESTE EXACTO LUGAR

PRIMERA

Este señor
vestido de camisa azul y de vaquero azul,
montado en un ruidoso John Deere,
se ha detenido en el medio del campo
que es, a esta hora bajo el sol,
un sórdido recuerdo de la luz.

Podría ser todo irreal
bajo el motor, entre los surcos.
Podría este hombre con su escritura desordenada
borrar el pensamiento de la tierra
mientras la ciudad se recorta
en silencio
contra la silbatina del viento.

Dice: por aquí ya pasó la poesía,
qué va a crecer entonces.
Dice después: si ya pasó la poesía
por ese resquicio entre el caos y el orden,
pasó por entremedio de las vallas
de alambre y de madera,
pasó y murió:
hay que enterrarla,
hay que hacerle correr el tractor por encima.

Podría ser todo real,
quién lo discute.

SEGUNDA

El cazador aparta los matorrales
y espera agazapado.

Se cuida de la noche,
ha visto cómo esas luces inexplicables
salen de los pajonales,
parecen ojos que vuelan juntos
en una mirada que patrulla el horizonte circular,
luego se distancian
para ver cada uno lo suyo
sobre la tierra inmensa
y al final se apagan como cigarros
en cualquier parte.

El cazador se duerme junto a un fuego débil
y sueña con aquellas luces.
El campo sigue mórbido bajo la niebla.

Sueña que es el animal más fuerte.

TERCERA

Hombres y mujeres se despertaron
y supieron que éste no era un buen lugar.

Votaron en silencio
como testigos asustados.

Unieron largas telas
y pusieron mástiles sobre las casas.

Todos de acuerdo, a cierta hora,
izaron las velas de barco en sus techos,
soltaron las amarras del pueblo
y se fueron navegando lentamente
por el campo.

Ahora no queda nada.

Si se arroja una piedra,
la piedra en este lugar
se hunde.

CUESTA ABAJO

Por eso entré en este sueño:
mudo gris sur polvo cielo.

Alguien dice: te necesito
y cae.

Mientras los buscadores de palabras
se disputan una luna oxidada,
una perla ebria de silencio.

ANTICIPACIÓN Y RECUERDO

Sentado junto a un paredón de Westminster
recordé un lugar inhóspito del Sur,
cerca de un valle interminable
donde cultivan manzanas y fermenta la sidra.

Después, al caminar por el terraplén Victoria
evoqué una anticipación.

Marchábamos con la escuadra
y yo era un pequeño soldado.
El recluta Dalponte quería saber
adónde nos estaban llevando.
Mientras caminaba con la mitad
del cuerpo metido en un sueño, le dije:
al sendero que pasa entre los álamos,
donde apilan troncos de pino
y vive un inmenso gato blanco y negro.

Eso fue muy cerca, también, del golfo
donde las ballenas azotan el mar
cuando se aparean
y las piedras de la playa tiemblan
con sus coletazos.

Vieran la cara del recluta Dalponte
cuando aparecieron, después de una curva,
enormes acopios de madera
y un gato de ojos verdes tipo esmoquin
huyó a nuestro paso redoblado.

Aquella vez pensé:
por aquí no pasan ni las balas,
qué va a pasar entonces la poesía.

Pero me equivoqué.

CHATARRA

Nos alejamos del letrero Zona Urbana.
Buscábamos calles abiertas, largas vidas,
hilos de cobre, vías de ferrocarril.
Alambrados con pájaros
que son como pentagramas,
una espina de pescado atravesada
en la garganta.

Queríamos el horizonte,
el rastro enfermo que viene dejando el sol,
líneas de cebra, de caracol, bancos
de plaza pintados en la espalda
y la espuma que suelta cuando rueda
una lata de cerveza.

Hay mucha gente en esos trenes oxidados.
Una gota de sudor les corroe la vida
más que todo un mes de lluvia.
Los chicos van mutando,
tienen los dedos como tornillos y vuelan
entre chimeneas de latón.

Las ventanas dan a un río de chatarra.
Adivinen el color de los ángeles ahí.

Pedazos de autos, latas de pintura,
rollos de alambre, viruta,
los restos de un cartel y su modelo
deshaciéndose como un cadáver.

Adivinen el color de los ángeles ahí.

Los esqueletos de las bicicletas
y todo lo que el trabajo de la lluvia
y sus líneas incontables trataban de soldar.
Importante es el aire que separa
los alambres del agua.

Qué hermoso es vivir a la orilla de un río.
Las vidas son interminables.
La sabiduría es grande.

LA DETENCIÓN

Si los amores amarran, amor,
me dejo llevar por tu largo peregrinar de río
aunque me hunda.

Todo empezó a ir más lento, mi caballo
tenía la cabeza larga y lloraba
espesamente como los potros de Aquiles.

Después se supo de un amor imperdonable,
de la áspera mujer que me amó
y me devolvió la risa
con sus caricias de fieltro.

Esta mañana,
frente a las ventanas del oeste
me hice objeto, abandoné
toda pulsión.

Eras un recuerdo, apenas,
una imagen
esperando la dirección de la luz.

Me detuve y tu mano,
la que atraviesa la noche,
está cayendo aún sobre mi cuerpo.

Hay un sol bajo este foco estéril
pero aquí no crece nada, ni la sombra.
Cuando es húmedo el viento, como el río,
tampoco nace el fuego

ni aquella lógica materna
que dice que la sangre de la sangre
te ilumina las entrañas.

Me detuve y existo hoy
como existen los perros
que no pueden calcular su amor.

Como toda esa gente humilde y feliz,
con una pala en los ojos
y la mirada perdida,
enterrando a sus muertos en el cielo.

PÁJARO PEQUEÑO

La he visto llegar
desde el fondo de la luz
y mover cientos de veces los brazos
en un segundo.

Y así como cambia de color la lluvia
contra el sol
buscó mi sombra con su boca,
y aleteó más rápido
hasta desaparecer.

Yo no sé de néctares.

Yo no sé de la amargura.

EL HEMORRAGISTA

A cierta hora lo real se vuelve difuso.
Mi perra lleva algo en la boca
sin darse cuenta que encima
viaja sentado un pequeño dios,
de esos que inoculan, por ejemplo,
la tristeza, la egolatría,
las canciones pegadizas.

El pequeño advierte,
en el dialecto que hablan estos seres diminutos,
que las heridas son necesarias
para un aprendizaje real.

Nada dice de la oscuridad
y no hay caso con las teorías: las olvidamos.
Se necesita sangre, olores, afirma
y me obliga a pensar en la muerte.

La perra aplastada bajo las ruedas.
El dios pequeño la abandona
y su cuerpo se enfría.

Era solo una pequeña vida
entre dioses de diversos tamaños.

ARMAZONES DE CRISTAL

La tarde en el séptimo piso
y una razón más para estar cerca del sol.

La tarde vieja, la tarde nueva, luces
en un costado, sombras en el otro.
Por favor, no empujen.

Por qué las sombras de los imbéciles
parecen tan simples.
Los autos dan vuelta a la manzana
y las paredes de la casa ennegrecen cada día.

Un poco de silencio sería lo mejor.

Abajo también hay un árbol con frutos
azules regados sobre un círculo de pasto
donde podrías estar, revuelta y confusa,
bajo la luz torcida de las siete.

Y todo se ve desde aquí arriba
con una inocencia brutal,
como en esos libros de Conrad
donde el valor era más que cualquier otra cosa.

Por favor, no empujen.
Hemos perdido demasiado tiempo.
Pero entre lo que sentías y lo que sientes ahora
no hay más que una pequeña diferencia.

ESCRITURA EN UN LADRILLO

Es de día en un día cualquiera
y preguntamos:
¿qué hemos escrito que lo cambie todo?

La gente avanza por encima del invierno,
cruza un puente oxidado en la avenida.
Por debajo pasa un río de metales
grises, rojos, blancos.

Dice un grafiti:
«si no tuvieras miedo, ¿qué harías?».

Vivimos en una tarde azul.
Alguien se queda afuera, la humedad
de las baldosas le disuelve los pies
como a una escultura de arena.

Hay cuerpos apretados y gruesos
que forman un muro de espaldas, cerrado.
Cuerpos que no dejan salir
una gota de sombra.
Cuerpos que pelean y atesoran
la verdad, la maldición.

A mi hija le gustan los grafitis,
una vez rayó en la pared del colegio:
«más amor, por favor».
Otros hicieron lo mismo, después, en la calle
y en ese muro de espaldas cerradas.

Es una frontera en ruinas, construida
alrededor del tiempo.
Adentro quién sabe qué, sus caras de mármol,
un aire prisionero, los brazos reunidos
sobre el cuello del demonio.
Esas venas oscuras que tienen
cuando la carne es de piedra.

Las naves tiemblan sobre el horizonte
bajo el sol: aquella piedra de metal.

Apoyado contra el muro,
bebe ahora un capitán
la espuma silenciosa de las horas
y llega tarde al sueño cada noche.

La dársena escondía una sirena
entre los fierros carcomidos por la sal.

Pensamos en el frío,
en la luna desgarrada por las grúas,
soñamos con fantasmas de humedad en la pared.

Es cierto, el cielo ha sido bestial
este año con los ciegos y ambulantes,
pero ¿qué hemos escrito que lo cambie todo?

TIERRA MENGUANTE

Esto no puede ser una isla.
Nadie sabe adónde estamos.
No existe el agua ni la temperatura.

Me ordenaron esperar y espero
a que salga la tierra del horizonte
para imaginar que vas allí.

Pasa la tierra, me ilumina.
Un perro le ladra con una voz humana.
Se escucha el ruido de una guerra a lo lejos,
demasiado lejos, no sabemos dónde.

Esto no es la vida,
ni siquiera la muerte.

La tierra atraviesa la noche,
su paso es irregular.
Da pequeños giros inesperados
como un caballo de ajedrez
y sigo imaginando que vas allí,
que me han herido,
que el planeta podría tapar con sus cuerpos
el sonido de todas las guerras.
Mientras, espero otra orden:
la orden de regresar.

Al miedo lo crearon después
que a nuestras vidas, tal vez
para ajustar algunas ideas superiores.

Pero antes fue la tierra azul.
Basta un solo pensamiento para darnos cuenta
que es redonda y despareja
como un tumor que se mueve por el cielo.

Y esto no es la vida,
ni siquiera la muerte.

EL BLANCO

De todos los cielos que atravesé
me quedo con el blanco
porque ahí fondo y figura son lo mismo.
Requisitos de un buen cielo
cuando uno se muere pegado a una luz
cuando uno se muere de amor
cuando uno se muere.

Sobre el blanco de la nieve
el blanco del ojo es un relámpago,
un recuerdo que cruza por la mente
a la velocidad de un balazo.

Dar en el blanco.
Dar en la nieve.
Dar en el ojo.

Ahora viajo encorvado en el asiento
lateral de un camión y mi frente apoyada
en la ventana deja una nube borrosa.

Las piedras parecen un mar
que no se mueve.

El rostro de ella una imagen
que no se mueve.

El blanco, visto así,
es una promesa.

Y tampoco se cumple.

MUTACIÓN

Soy un hombre al que le falta la cabeza.
No es tan sencillo andar así
aunque haya razones para perderla,
y no hablo de discusiones inútiles sobre la historia
o de buscar una forma para que todos vivan
un poco más y mejor.
Una cabeza se pierde por amor.
Una cabeza se pierde en la guerra.

A mi espalda musculosa
la dejé flotando en las aguas de un canal
que pasaba o todavía pasa
por un pueblo humedecido.

Un canal, un pueblo,
todo es indeterminado
en los depósitos del tiempo.

Soy uno que de tanto meter los pies
en la hojarasca del bosque
también los extravió,
así como se pierde la sombra entre las piedras
cuando los soldados se acuestan a rezar.

Soy uno que metió las manos en la niebla
y no las vio nunca más.

Estoy despojado, no tengo cabeza ni espalda
ni manos ni pies.

Ahora me siento completamente un hombre.

UN METRO DE NIEVE

Las islas eran como dos manchas de humedad
y yo un chico recién salido de la escuela.

Me dieron un fusil viejo
que tiraba hacia cualquier parte.
Enemigos hay en todos lados, decía
el teniente burlándose de mi puntería.
Siempre iba a dar en el blanco.

En la sombra de la espalda me colgaron
un aparato de radio
más pesado que el primero de los cuerpos.

El frío me sacaba las manos del campo sensorial.
Yo tenía por entonces algunas
pobres referencias acerca de la nieve:
no la conocía en los poemas de William Carlos Williams,
menos en los de Artur Lundkvist.

Aquella mañana
había que salir de las carpas
y meterse en los camiones,
y salir de los camiones y meterse en un avión,
y salir del avión y meterse en las trincheras,
y salir de las trincheras
pero un metro de nieve lo impidió.

Aquella mañana desperté adentro
del blanco del ojo,

donde pasaba un río de ladrones
como un rayo ciego apoderándose de todo.

Desperté adentro de la luz
que se devoraba los puentes, las carpas,
los camiones, el avión,
la interpretación de los diferentes,
la teoría del desarrollo moral,
las trincheras.

Crucé el río de ladrones
y desperté en la otra orilla, una orilla
donde nadie se ahoga porque la nada
es un lugar donde ya no respiran ni los vivos.

Las islas eran como dos manchas
que nunca me dejaron ver.

EL HUMEDAL

Conocíamos los pantanos de la costa,
esos cangrejales donde solo caballos
entrenados podían navegar.

Sin embargo, una mañana fresca de septiembre,
detrás de la vía donde el tren recorta
los pastizales amarillos,
apareció la primera ciénaga.

Después se empezaron a ver otras
en esos patios grandes de las casas viejas,
en una plaza abandonada,
en el terreno donde anclaban los circos,
en el cementerio.

Eran luces muertas y caídas en cualquier parte,
redondas, como territorios envejecidos
de forma sorpresiva.

Algunos perros se empezaron a hundir
en esas manchas de silencio.
Los siguieron casas, bicicletas,
uno de los costados de la ruta,
los sueños y la lluvia
que penetró como una antorcha helada
en los martirios de la tierra.

Y detrás de todo esto, mi sombra
recordando la muerte, mi sangre
recordando la muerte.

OTRO DÉJÀ VU

Un ascensor.
Tres jarros celestes en la cocina.
La luz envejecida,
recostada en los rincones de la sala.

El sonido ausente de la lluvia,
y esos ventanales que tiemblan
con las estampidas de los autos
en la avenida.

Te veo en un portarretratos, feliz
junto a mi cuerpo.
Somos los muertos de esa vez,
los de ayer, los de mañana.

Una habitación luminosa.
Algunos cuadros.
La seda japonesa bordada a mano
que trajimos de Maebashi.

Un reloj.
Dos teléfonos sonando a la vez
y nosotros encerrados.

Afuera, alguien tiró
un pájaro en la basura.

NOCTURNO

Hija mía,
si estás atenta
podrás oír el paso
de la luna en las noches secas.

Un surco, el roce
de la escritura sobre este papel,
un crujir de maderas,
un oscuro mueble que apenas soporta
el peso de la luz.

(a Elisa)

LÍNEA DE FLOTACIÓN

Alguien se esconde
bajo la marca oscura.

Hay una blanca neblina
que puede convertir en ángeles
a todas las personas
y oxidar un barco.

El amor es justo el límite
de lo que podemos resistir.

Como el vientre
de hierro de las naves,
se corroe justo ahí,
para que tarde o temprano
te hundas.

ESPERA DE ABRIL

No se oye ningún ruido
pero les juro,
en el medio de esa tierra desolada
una bala está pasando sobre mi cabeza.

No se oye nada.

Si los ángeles tiemblan,
no se oye.
Si las paredes hablan,
no se oye.
Si la lluvia picotea un cráneo reluciente,
no se oye.

¿Estaremos muertos en este poema?

Muertos, es decir
¿libres de la muerte?

La lluvia se alzaba,
el viento retrocedía.

La lluvia se alzaba,
el viento retrocedía.

Así el agua, así el aire,
los poetas soñaban
con sus pequeñas descargas.

IGNORANCIA

A ella no la conocen.
A ella ni a sus ojos.

No la conocen ustedes
porque ella no se invade,
no se divide por dos, no la cubre
la lluvia delgada del agua
ni la beben los muertos.

La desconocida no se puede conocer.

Ella no está en los versos, no está
en los hijos ni la vieron ustedes cuando
cae del corazón, navega contra el viento,
atraviesa los soles rojos.

Su corazón era mío.
Por ahora la desconocida
no se puede conocer.

No me atropelles,
que yo era un niño.

No me aplastes,
que yo era ciego y puro,
y me gustaban los juegos simples
como bañarme en el mar o sentir
el pasto húmedo hundirse
bajo mis pies.

No me atropelles,
que yo era un niño
y la luz de mi pecho se quemó.

Creo que puedo meter un brazo
en el fantasma que me anima.
Creo que puedo retorcer
mi corazón con estas manos
y lavarte los vidrios,
besarte los ojos.

EL VIAJE

Aquella vieja tradición de ir al infierno
solo, amante de la farsa, abandonado.

Por escribir una miseria que perdura
y que no alcanza
porque no sirve para nada
un demonio tenuemente resurrecto.

Uno que escriba la palabra sangre
como una ofrenda al árbol del vino
y con eso pretenda iluminar
nuestras copas.

La luz más negra es la de la rosa.

En esta calle no cuentan
las cifras violentas de la belleza
ni aquella vieja tradición de ir al infierno.

El sueño de los muertos es demasiado real.

CONTEMPLACIÓN

De la guitarra encendida
cae y se disipa una ceniza
de canción invernal.

Como ese río que gime
y se lleva de a poco
el color de los cerros.

Podría entrar en la mirada inocente
del poblador que saluda al tren.
Podría hacer la historia del sol
con una vela.

Pero solo soy alguno
que se deja abandonar bajo las luces
que perforan la noche.

TESTIGO

¿Quién me habla de la luna
aplastada en los rieles?

¿Con qué palabra generosa,
atropellada por el viento,
lavada con la vista de los ciegos?

¿Quién, que ensaya en el campo
una triste melodía,
carga su voz en las piedras,
vuelve la mano
y rompe el paisaje?

A LA HORA DÉCIMA

Murió de pared y musgo, de cal
y de luces apagadas
como cigarros en una calle.
Tenía un amor,
amor que deambulaba
y detrás de una puerta golpeaba su corazón
igual que los caballos madrugadores
sobre el asfalto.

Sus ojos perdían el rumbo y volvían
cansados al encierro.

Murió de mármol, de arena,
porque los cielos pesan y van dejando
las cosas lentas y más tercas
en la idea que tenemos contra el tiempo.
Son pocas las piedras que dejan
pasar la luz.

Murió de amor a los ladrillos,
con ese amor que deambulaba,
y porque no sabía qué hacer
cada noche de verano
sentado en un patio,
con la luz de la luna tirada ahí
en el piso.

NADIE

En el cementerio no hay nadie.

Hay un pasado remoto,
hipotético y remoto.

Hay una sombra dura,
cerrada y dura.

Y un camino cercano al mar
que cada día se hace más oscuro.

Hay un río de ladrones,
de escapistas y ladrones.

Hay un río de cuchillos,
de sombras y cuchillos.

Y cada lugar tiene su gato negro,
blanco y negro.

En el cementerio no hay nadie.

¿Qué clase de muerte
vendrá a buscarme esta vez?

FRENTE AL MAR

Ante los ojos tuyos y ante la mirada
que junto a otras miradas
forman este mar gelatinoso donde me ahogo,
sin poder hablar, mi corazón
se endurece y cae como una manzana
hasta el fondo de la humanidad.

Ahí se queda.
Es un oído triste que nunca más te oirá.
Un fósil calcáreo.
Se irá cubriendo de arena,
desnudo, rojo, ciego.

Si algún día lo encuentran
como al soldado Rodríguez,
que todavía fuma
a cuatro mil metros de profundidad,
lo siento, no tendrá valor,
será lo mismo que hallar el mapa de un tesoro
encontrado miles de veces.

Ante los ojos tuyos, como los de un búho,
y ante los otros que forman ese mar gelatinoso,
no tendrá ningún sentido,
ninguna razón para ser descubierto.

LA ESFINGE DE LA CUADRA

Había una mujer que era una calle,
una especie de vapor en los días de verano
y cada noche como el asfalto
soltaba un poco de su calor retenido.

Había una mujer que derramaba
sombra en las esquinas, por la tarde.
Su mirada buscaba el infinito
y se perdía en la calma del río,
frente al puerto.

Contra la pared, su lengua
tenía el filo de un cuchillo
y no olvidaba cada noche
dejarnos su calor como la calle.

Había una mujer.
Nos preguntaba cosas.

MISTERIO

Una chica abre los ojos.
El río avanza y cae del cielo
una fina llovizna.

Hay un momento de confusión.

Pero la chica cierra los ojos,
el río se detiene,
la lluvia escampa.

LA ENFERMEDAD

Después de respirar, como lo hiciera Dostoyevski,
en la humedad silenciosa
de esos cuartos mal iluminados,
se ponía a caminar sin sentido
por las calles imprecisas.

Caminaba igual que la sombra de Cortázar,
con su tranco voluminoso y aletargado,
y mientras lo hacía
silbaba aquella melodía de Mendelssohn
que tanto usó la resistencia como santo y seña
entre las calles del nazismo.

Después recalaba en algún bar
y detrás de una taza humeante
metía su cabeza entre las manos,
como Kafka,
hasta que la hora lo invadía.

Entonces, iniciaba el retorno
hacia la cama con un libro
y ya no tenía ganas de levantarse
por un buen tiempo,
eso que solía hacer Proust.

Al final
terminaba como todos ellos:
abrumado por la vida sencilla.

EL PRIMER ÓXIDO

Se oxidaron los hombres del puerto
y los buques olvidados parecieran sangrar.
El agua turbia los deshace, apenas.

Se oxidó en el horizonte,
aquella línea ligeramente curva.

Oxidado está el amor, el viento,
y las puertas cerradas no se pueden abrir.

Oxidada la belleza de los cuerpos,
la sangre y las cadenas.

Se atasca el reloj pero no se detiene
el viaje corrosivo,
la herrumbre de los muertos,
la pudrición de la historia.

EL SEGUNDO ÓXIDO

Del húmedo bandoneón
brota una especie de letanía.

El húmedo teclado escribe las cartas
más lentas y ahora
las húmedas fotos bajo la lluvia
quedaron así.

Se oxidaron los broches
los botones de las camisas
y las cuerdas entorchadas de la guitarra.

Se oxidaron los anteojos.
La luz de la avenida es como la del infierno.

Se oxidaron tus ojos
de tanto mirar los barcos.

Tus labios se oxidaron y marcaron mi frente.
Se oxidó el reloj, se detuvo el tiempo.

Oxidados son los desaparecidos,
las cruces, los perros buscadores,
las bolsas de huesos.

De los cuchillos enterrados no quedó nada.
Se oxidaron los paraguas, los anzuelos,
los peces de hierro y la fuente de la plaza.

Del húmedo bandoneón
brota una especie de escritura.

El húmedo teclado toca las melodías
más lentas y ahora
las húmedas fotos bajo la lluvia
quedaron así.

EL TERCER ÓXIDO

Se oxidó un crucifijo en el fondo del mar
frete a todos los hijos de Dios.

Todavía me acuerdo del capitán Pilatos
que lo dejó morir en el aire.

Lo clavaron al cielo y cayó
por el peso de los clavos en sus pies.

Un hombre que vuela es una cruz.

Su mirada que cae al mar
y los brazos abiertos en largo viaje.

Oxidada está su muerte de tanto
pasar por el agua.

Ahora es tarde.
Hay una canción que busca,
igual que el humo, sus caminos en el aire.

Ahora es tarde, muy tarde.
Se oxidó el avión y el zumbido
del motor se metió en el silencio
como una luna roja que surca la memoria.

EL CUARTO ÓXIDO

Se oxidaron los trenes, los teléfonos,
se oxidaron las patrullas,
las sirenas de los barcos, los remaches,
las antenas, la aviación.
Se oxidó hasta la madera de las vías
y los gatos se oxidaron en los techos,
atontados de humedad.

Se oxidaron los flejes,
los tesoros hundidos, el galeón
y las butacas de los cines.
Se oxidaron la república y su escudo,
los insectos, sus faroles
(los insectos crocantes de Buenos Aires).

Con la humedad y el silencio de estos años
se oxidaron los bancos, las esquinas
y las alas de los pájaros en pleno vuelo.
Se oxidó toda esta noche, el Odeón,
la quietud de los árboles y la cerveza.

Ahora la sangre es un mineral terroso.

Ahora la belleza es de color ocre.

EL QUINTO ÓXIDO

Mis dedos corren sobre la guitarra
como corre el tren sobre la hierba floja.
Las cuerdas se oxidaron.

Una melodía muy pesada
se detiene encima de la vía,
donde pega justo el sol.

Hay un horizonte de dos líneas,
una locomotora que lo arrastra.

Tomo un riel con cada mano,
apoyo mis oídos
y una canción de metales
suena por última vez.

Es extraña la muerte.

Y pasa el tren
con su mayoría silenciosa
mirando cada uno a su costado.

Esta edición
se terminó de imprimir en los
Talleres de Corporación
Industrial Gráfica,
Octubre, 2023.